

La ambición

Gustavo A. Vaca Narvaja



Narvaja editor

La ambición

La ambición

Gustavo A. Vaca Narvaja

Narvaja editor

Vaca Narvaja, Gustavo Adolfo
La ambición / Gustavo Adolfo Vaca narvaja.
- 1a ed revisada. - Unquillo : Narvaja Editor, 2025.
164 p. 20 x 14 cm.
ISBN 978-987-530-180-1
1. Novelas Policiales. I. Título.
CDDA860
Impreso en Córdoba
Argentina
2025
Imagen de tapa: Gustavo A. Vaca Narvaja

LA NOCHE DEL ASALTO

*"Yo sé muy bien; cuando la sangre hierve
y con cuanta prodigalidad, presta el alma
juramentos a la lengua:
pero son relámpagos"*

William Shakespeare

Fue en la noche del 30 de abril. El aire estaba frío. El adoquinado húmedo por lluvia que había concluido una hora antes de finalizar la función. Buenos Aires como siempre. Las calles de Palermo con exigua luz y el meneo propio de un domingo de madrugada. ¡Hermoso! ¡Tomás! ¡He delirado en este día! fue una velada espléndida, el reencuentro con la música ¡Ah, que bello! eternamente gozaban como perennes asistentes a la programación del Colón. La sinfónica interpretó esa noche de gala, al compositor italiano Claudio Monteverdi, "El lamento D'Ariana". Una de sus obras más emotivas y exitosas. Voces de sopranos de cristalina claridad atravesaban la contundencia de tenores. En realidad, a ella no le atraía mucho esta música mezcla de renacimiento y barroco, sobre todo en los primeros cinco madrigales que ya habían escuchado antes. En esta oportunidad el octavo y el noveno madrigal tenían más movimiento, más acción. De cualquier manera, a él lo absorbía, aunque ese temprano compositor del siglo XVI, músico y sacerdote, se inclinara más por lógica a la música Sacra.

Regresaban hablando de música sobre la fastuosidad de los violines, bajos, órganos, a veces clarines, las trompetas y creatividad de la obra. Ella no paraba de elogiarla casi en forma exagerada. Tomás, aseguraba que después de escucharla podría morir tranquilo. Su rostro denotaba una paz, casi celestial, como si hubiese regresado de un lugar extraño, iluminado, apacible. ¡No seas exagerado Tomás! queda un amplio programa para concurrir, señaló Laura en son de reproche. En verdad el ciclo recién se iniciaba. Laura era una mujer elegante, delgada, de tez mate, con cabellera azabache y ojos negros. Su cuerpo aún firme, no registraba el paso de los años. Era quince años menor que Tomás, a quien había conocido primero en España, cuando en el mercado de las flores, los dos compraron las mismas variedades de crisantemos y tulipanes y luego, en fortuito viaje casual al Caribe, ambos encontraron una afinidad inmediata. Tomás venía de sepultar a su primer amor y primera esposa, fallecida por cáncer de huesos hacía ya cinco años. Laura, había permanecido soltera con la férrea voluntad de mantenerse así, en esa posición, para desarrollar todas sus potencialidades en el arte, escultura y pintura. Sin embargo, la trampa del amor fue más poderosa que su voluntad para dejar de amar, porque se puede ser fiel al amor, sin que sea esta, una condena. Siempre discutían a cerca de la belleza o la fealdad; Laura estaba entusiasmada con el libro de Umberto Eco que trataba justamente de ambas cosas. Tomás le reprochaba haber adquirido una pintura de Picasso para él, espantosa; y para ella una belleza. "La mujer que llora". Tomás decía que eran un montón de líneas y trazos que no podían acercarse al rostro de

una mujer y Laura, al contrario, que expresaban con mucha fuerza el motivo de la pintura, porque los trazos se mezclaban con colores fuertes. "Igual que esas láminas que te compraste de Grunewald llena de animales monstruosos y amenazantes en la Tentación de San Antonio". Laura en esto sí aceptaba la crítica, pero trataba que Tomás viera la profundidad de la obra, el color, el movimiento, la superposición de figuras, la agresividad y la tentación. El arte era todo un tema y Tomás veneraba los desnudos femeninos del renacimiento: Botticelli en el nacimiento de Venus; o desde el mismo Diadúmeno de Policeto, esculturas griegas perfectas; o el de Leonardo da Vinci, con la perfección de medidas en el hombre de Vitruvio; pasando por los desnudos venusianos de Urbino, Tiziano, Giorgione, etc., donde el cuerpo tenía un trato delicado, y una piel perfecta

– La música Tomás; es igual a la pintura, todo tiene un trazo, una nota, un lamento, una alegría, una majestuosidad o también un defecto y todo termina siendo bello. No estaban cansados, pero el diálogo sobre la música y la pintura los atrapaba y acompaña durante todo el regreso.

El tráfico estaba despejado e ingresaron al barrio en poco tiempo. Al llegar, el coche con luces prendidas enfocó el portón del garaje con una luz blanca intensa. Tomás bajó del coche como era habitual para abrir la puerta de su casa. Laura esperaba sentada, relajada, revisando muy conforme el programa de teatro habilitado después de muchos años de reparación. No bien entreabrió la primera hoja del portón, dos hombres encapuchados abordaron a Tomás abruptamente,

encañonándolo en la cintura y gruñéndole para que no se resistiera.

– ¡Dame la guita viejo! Repitió el más alto. El otro le estampó una trompada en el estómago sin razón alguna. Los asaltantes estaban cubiertos con pasamontañas negros de tres orificios correspondientes al ojo y boca. Tomás doblado al primer golpe, lentamente se fue incorporando, tomándose del borde de la primera hoja del portón. Los atracadores no habían advertido a Laura sentada en el coche, que permanecía paralizada de miedo, sin emitir sonido alguno presenciando esa agresión sin poder socorrer a su esposo. Pareció reaccionar cuando Tomás les gritó que le robaran todo pero que no le hicieran daño, e introdujo la mano en el bolsillo del saco, buscando su billetera. El malhechor más delgado dio un paso atrás con el cañón del arma muy cercano al tórax de Tomás gritando. ¡Que haces viejo!, ¡Cuidado! ¡Está armado! En pocos segundos disparó tres descargas que tiñeron de púrpura la camisa y el saco de Tomás.

EL ANTES DE LAURA

*"Oh soñadora: para hundirme
en la pura delicia sin senda,
aprende con sutil error,
a guardar mi ala en tu mano."
Stéphane Mallarmé*

Su seducción fluyó con delicadeza. Reconoció haber tomado esa decisión por su belleza. La sola evocación de su ternura tuvo como repuesta inmediata una celebración agradecida. Esa muchacha, seguramente guardó la gloria de alegrías pasadas, la felicidad, con la grandeza de su sonrisa. La sugestiva señal del disimulo trasladó la sensación placentera de su mirada, a la cercanía de su cuerpo encendido. Tomás se encontró con ella en aquel mercado de flores y su hechizo fue instantáneo. Su tercera cita fue decisiva. Esa mujer era su alma gemela, para Laura un desafío. Se casaron al año siguiente, Tomás había consolidado una posición exitosa en el campo empresarial. Nuevamente el destino chocaba con él. La timidez de Laura era contradictoria por su vida bohemia como estudiante de pintura en París y contrastaba con la expansiva personalidad por Tomás, en su cambio rotundo de la montaña a la empresa exitosa y sólo algo no había sido modificado nunca, su especial atracción por la música clásica que hizo de él un vicioso oyente y espectador de cuanta obra se presentase en los teatros locales

y cercanos. Curiosamente y a diferencia de otros, se inclinaba más por la música barroca, quizá por su vida solitaria en la montaña, alejado de los macizos después de la mala experiencia en los Alpes Franceses, donde la belleza de la zona, el senderismo y el esquí contrastaron con los peligros de las avalanchas de nieve como había ocurrido en los glaciares de Armancette al Este de Francia, casi en el límite italiano, con resultados trágicos. Fue el final de esas aventuras. La noche de luna de miel fue memorable e imborrable. Solo ellos dos y la montaña nevada. Tomás posó sus labios en la piel de Laura sin perturbarse, ella descansó su rostro en su pecho, lamiendo el reino de la prudencia. Le decía en susurros, que la luna tuvo en otras oportunidades los pliegues pensativos del desaliento, pero con ella, sin ese insano dolor, atesoró la inquieta atracción de una madura y fantástica pasión. Tomás se apropió de su cuerpo.

Abolido ya el resplandor de los amantes, una suave bruma, envolvía el brillo de un amanecer.

LA BALA

*"Si muero dejad el balcón abierto
el niño come naranjas desde mi balcón lo veo
el segador siega el trigo desde mi balcón lo siento si
muero dejad el balcón abierto"*

Federico García Lorca

"Al instante, una lengüeta de sangre roja y silenciosa, descendió sobre los mosaicos de la vereda. Laura permaneció estática. La luz del coche había quedado prendida, aquello ennegueció a los asaltantes y la protegió. El más alto se acercó al cadáver. Sólo atinó a introducir la mano en el saco para robar la billetera mientras le gritaba a su compañero de crimen: ¡Boludo! no te das cuenta que estaba sacando su billetera. – ¡Pensé que era un arma! – respondió con voz temblorosa moviendo el caño del revólver de arriba abajo tomándole con la mano izquierda la cabeza. – ¡Que lo reparó...viejo de mierda! ¡Qué cagada! ¡Rajemos antes que venga la cana! El otro no conforme con la billetera, revisó los fondillos del pantalón; extrajo dinero suelto, le quitó el reloj y una delicada pulsera de oro de la muñeca derecha. Se fugaron corriendo perdiéndose en la oscuridad. Laura invadida por el temor se eternizó en esa imagen. Impávida, con boca abierta, los ojos vidriosos. Su voz no salía, tampoco podía mover sus brazos. En ese estado de shock permaneció hasta que un policía la obligó a salir del auto.

Ni siquiera sintió la llegada de los patrulleros. Miraba fijamente el cuerpo inerte de Tomás. Desolada, sin comprender. Estaba confundida, muda y aterrorizada. Por fuera de sus ojos la escena era típica: policías haciendo un perímetro de seguridad, las luces blancas y parpadeantes, los hombres con ropa blanca y capucha, merodeando no sólo el cadáver sino también el radio de 10 metros, buscando rastros, huellas, casquillos de bala. La trasladaron al interior de su casa acompañada por el vecino y su esposa; él fue quien había reclamado a la policía cuando escuchó los estampidos por su ventana y advirtió a su amigo en el suelo, desangrándose. El coche con luces prendidas de la ambulancia. Laura sentada en la misma posición que cuando los policías abrieron la puerta para sacarla del coche. El cuerpo de Tomás cubierto por una tapadera ocre, inmóvil permanecía vacío, impedido de protesta alguna. Su desolación, no era suficiente para describir su estado, a ella se sumaba una tristeza gris, el dolor lacerante de su cabeza, la devastación de su cuerpo y una aguda desesperanza, en estado de ruina.

El duelo la confinaba al aislamiento y al rechazo por la vida. Su abandono se acrecentaba. Los sollozos eran constantes. Una mujer llena de vida se transformaba en una esquiva figura fantasmal de palidez cadavérica, con ojeras que resaltaban cada vez más la extraña transformación de su rostro. Languidecía. Tomás se iba secando, achicando. Era algo marchito, consumido. ¿Y tu alma Tomás?, se preguntaba, ¿dónde estará? ¿Dónde? ¿También sufrirá este dolor de ausencia? o será la privilegiada imagen insensible del ser. ¿Y tus amores? ¿Qué quedarán de ellos? ¿te abandonaron al perder la vida y la

conciencia? ¿No hay amor sin conciencia? En verdad se decía y si hay alguna imagen que pudiese representarla en ese momento tal vez sería la pintura de Van Gogh llamada "Pena", la mujer del lamento, sentada con sus piernas flexionadas y la cabeza asentada en sus rodillas. Así la vio el pintor cuando con su oreja en una servilleta concurrió al burdel de Arlés ofreciendo a su amada Rachel su último grito de amor. Lo cierto que esa mujer, ya no tenía alma, ni amores que la habitaran. Era una cosa desintegrada. El día y la noche, el frío y el calor. El contraste. Como si la vida se hubiese fundado desde el absurdo. Para Laura, esto había pasado. Lo superficial tiene siempre algo profundo. La vida y la muerte. Nacer para morir. Morir todos los días un poco con la excusa de vivir. El árbol antes vivo y radiante de verde, también se seca. Y esos espacios de vida tan simples y hermosos que ella y Tomás dejaron pasar, como si fuese una costumbre desechar la belleza, ya no estaban y nunca regresarían. Fanática del impresionismo de su preferido Degas y también Manet, Camile, súbitamente se le representó el trabajo casi perfecto de las bailarinas de Ballet, de su admirado Degas, que, aun siendo un conjunto de niñas sin movimiento alguno, en cada pintura, cobraban vida con solo verlas e imaginarlas en sus danzas, en puntillas. Tal vez se dijo al ver las fotografías de Tomás que pudiesen tomar vida.

TOMÁS

*"Llego a la muerte...por mal camino;
subo una escalera hasta la horca"*

Pierre Lacenaire

Tomás vivió su niñez y juventud en plena cordillera de los Andes a escasos tres kilómetros del imponente Lago Argentino, el más grande de Argentina de 1.500 km cuadrados y 200 metros de hondura, de una transparencia que hacía de la profundidad una trampa para cualquiera que quisiera tocar su fondo. Lago de origen glacial, pegado a una localidad llamada Los Antiguos, donde sus padres habitaron como maestros rurales hasta sus muertes. Criado en el viento del Sur, el frío de la nieve, el silencio de las soledades del territorio, donde representaba el perfil exacto de una personalidad de contundente solidez. Tomás soñaba con mantener la calma. En su vivencia en la cordillera, ¿qué maldad o envidia podría tener? cuando él fue un privilegiado al convivir con la misma naturaleza, libre, pura, de respeto a la tierra y a sus frutos, ajeno a la envidia y codicia, ausente de peleas y confrontaciones estériles. Esa imagen rural, deslumbrante y estática, permanecía refugiada luego de transitar en silencio hasta llegar a la universidad. Su despedida fue traumática, dejó a sus padres en soledad, aún autosuficientes, para ir en busca de un futuro distinto. No era una batalla visible

entre infancia y madurez, pero su idealismo desde su inicio, marcó diferencias entre apatía y esperanza, como si fuese el surco donde el atardecer envejece al cobijo de las sombras, y donde el afecto, carece de la fascinación de los destinos. Tomás, desamparado, en ese otro lugar ya ciudadano, donde la tormenta sopla sin pausa, cubriendo toda la ciudad, y no lejos de una grandiosa bahía de playa y mar, que, por primera vez, pudo conquistar y nadar en aguas saladas donde su cuerpo olvidó el agua helada y dulce del lago en ese inmenso y gigantesco mar. Tuvo la sensación que en ese vertiginoso y a veces sereno paisaje, pudo observar una borrosa imagen, asomando entre cielos calmos, que prometían borrar toda jornada de malos intentos pasados, dejándolo perplejo. Tal vez, su única grandeza de vida, hasta ese momento, reposaba serena sobre sus hombros, como aquellos sueños juveniles. Tomás no tenía pensamientos de autocompasión, todo se reproducía por encima de los sentidos, y toda su sabiduría continuaba en esos tiempos, viajando ondulante por un espacio colmado de sueños. Sin embargo, una dotación de ideas nuevas, ofreció a Tomas acomodar aquellas disputas vencidas, ganadas o sobrevividas a toda ambición destructiva, para tener un regreso, pero con un futuro. Fue allí, cuando la intuición de Tomás idealizó con visión sorprendente, "El ahora", poniendo en duda, todas las leyendas de fracasos posibles en diálogos pasados y confrontar así al sufrimiento de lo vivido. Tomó una decisión de ignorar detalles de cualquier disputa, esa mezquina satisfacción de envidia ante cualquiera que deambula desconociendo la tolerancia de la verdad, y se permitió proclamar su transformación en vida, acudiendo a todos

aquellos amigos que ahora lo rodeaban, para compartir sus virtudes de forma concluyente con la sensación de imaginar que el mundo, se puede controlar solo con la voluntad de justicia, algo considerado abstracto en esta escalada de locuras. Tomás decidió abandonar comodidad, cordillera, naturaleza y pasado, para abrirse camino en la Universidad y trabajo. Cargó sus valijas y computadoras, parlantes y reproductores y con solo la venia de sus impulsos viajó seguro de encontrar un futuro propio y no heredado. Atribuía ese equilibrio, a un silencio joven, explorador lógico de sus historias aturdidas de eternidad. Su placidez, alivió así el desconcierto ante una impredecible vida. Consciente que la fuerza de su ímpetu, no profana esos espacios donde reposan todos sus sueños libres de custodios; avanza a buscar su propio destino, aun sabiendo que el destino no lo busca uno; siempre; siempre, lo choca a uno. Aun así, una curiosa alegría reposaba en su rostro como prediciendo una cosecha de futuros racimos de honores. Fue entonces cuando brindó efusivamente ante el irresistible regreso de las pasiones, como visible símbolo de un retorno a una humanidad renacida. También tenía una materia pendiente a cumplir siguiendo sus lecturas de Nietzsche...Tomás quería cumplir la materia de aquel filósofo alemán que admiraba y que planteó que la materia más difícil para el hombre era "estudiar el amor" y Tomás si bien tenía experiencias aisladas en amores salteados; en realidad, no comprendía lo que el amor significaba. De cualquier manera, siempre dispuesto a considerarse un discípulo de Nietzsche, llevaba consigo "Así habló Zaratustra", con su

entramado narrativo, fundamentalmente de la muerte de Dios;
el poder y el super hombre.

EL IMPACTO

"Al contrario de los poemas, una novela puede ser resumida; es decir: contada de nuevo, soporta que, de ella, se deduzca una figura similar; contiene pues, una parte que a voluntad puede volverse implícita"

Paul Valery

Laura permanecía sentada en el sillón con una taza de té, custodiada por sus vecinos más cercanos, el policía, pidiéndole que enumere los detalles del hecho, y referencias de los maleantes. Laura estaba centralizada en ese acto cobarde que le arrebató la vida a su marido. Esa imagen contrastaba con el recuerdo del último día, horas antes de concurrir al teatro. Tomás había hecho gala de su extremado amor por ella. Había permanecido extasiado ante la figura desnuda de Laura cuando emergió del baño con un paño blanco envolviendo su cabello. Admiraba a esa mujer. Descubrirla, le provocaba un goce inmenso. Laura advirtió la mirada de su esposo. Lo entusiasmó con una sola palabra: ¿Te baño? y sonrió. Su risa invadió la habitación prolijamente decorada, Tomás se despojó de su ropa. La trasladó a la ducha con exagerada fineza, envuelta en cariño profundo. Innovaron el amor bajo el agua que escurría, dejando los dos cuerpos bendecidos de paz, saboreando el agua cristalina sobre sus cabezas. ¿Y si nos quedamos? preguntó.

– ¿Y si nos quedamos Laura? – La voz de su vecino en el escenario trágico del asesinato, retumbaba. Laura retornaba a esa noche trágica observando el policía que la atosigaba.

– ¿Cómo? – respondía confusa. Su vecino pregunta, aclara el policía

– ¿Y si nos quedamos Laura? repite; ¡No queremos que te quedes sola! Laura aún no podía evitar mezclar dos imágenes tan cercanas. La tragedia y ese recuerdo que nuevamente la invadía, siendo testigo del disparo y el asesinato de su esposo.

Recordaba que ella sonrió a la propuesta de Tomás y ambos, estallaron en contagiosa alegría.

– ¡Ni lo pienses Tomás! ¡Yo voy! Y lo beso con ternura, como si ese beso fuese el premio o un galardón al acto de renuncia del espectáculo.

¡Vamos! ¡Llegaremos tarde! Ella embelleció su madura imagen de mujer apaciguada y feliz. Tomás encorsetó el traje oscuro de conciertos protestando como siempre al hacer el nudo de su corbata. – ¡Deja que yo lo hago! – Tomás dejó que ella, con sus manos deseadas y mágicas concretara el nudo. Asomaba un brillo extraño en la mirada de él, un brillo húmedo y lejano que angustió a Laura. ¿Te sientes bien? ¡Como nunca! Refutó velozmente. La intuición sumada al presentimiento en la mujer, tienen un desarrollo inexplicable pero cierto.

– ¡Deja que yo lo hago! – Señaló su vecino Oscar tomando la taza de té vacía que Laura intentaba llevar a la mesa ratona. "¡Intente describirlo Sra.!" Insistía el policía; "tan solo proporcionémos alguna pista" Laura logró encauzar sus ojos

negros al policía y comenzó el relato ya más sereno; al terminar agregó:

–¿Qué pista puedo dar de dos individuos encapuchados?

– ¡Bien hermosa mujer! Quedó perfecto... ¡mira! – Tomás dio giros y molinetes inventando mímicas y sonriendo. Laura se tranquilizó al ver retornar la mirada tranquila de su cónyuge. Plantó sus aretes y el collar y salieron rápidamente después de cerrar la casa con una rutina estudiada al comienzo y mecanizada a lo largo de los años, dominaba siempre por la ubicación de las llaves ¿Dónde quedaron?

–¡Dame una pista! decía Tomás acostumbrado a la repuesta.

–¡Sobre la mesa de mármol! coreaba Laura con la seguridad que allí estaban.

– ¡Sra. Deme una pista! Repetía el policía, no solo de sus rostros que por razones obvias no los vio, pero puede describir su actitud, tamaño, peso. Hay detalles que puede usted recordar.

Laura renueva su relato tratando de puntualizar detalladamente escena y personajes. Detalla con fastidio. Abatida, desalentada. A medida que pasan las horas toma conciencia de la muerte de su esposo. Siempre se preguntó cuándo uno de los dos esté ausente, dónde y cómo habitarían esa situación. Ambos no sabían cuanta sería la distancia, ni cuantas nubes podrían acompañarlos. Nadie lo sabía. Ella tampoco. Es el secreto. Pero pensaba que indiscretamente la distancia se fragmentaba ¿Será que el espacio es un mar Tomás? o tal vez, ¿una larga planicie infinita? preguntó. Tomás sonríe. Ninguno de los dos lo sabe.

–Sube rápido Laura, dice Tomás señalando la puerta entreabierta del coche. –¡Llegaremos tarde! se queja.

–¡No! ...Tomás alcanzaremos a llegar a tiempo, contestó Laura segura de sí misma. El vehículo tomó la rutinaria avenida y avanzó sin problema con un tráfico bastante exiguo. Tomás acrecentó el volumen del CD. La orquesta Philharmonia de Wilhelm Furtwängler dirigida por él interpretara a Beethoven: La novena Sinfonía. En abril del 47 Wilhelm ya había estado en el Teatro Colón; Tomás recordaba el diálogo de sus padres sobre este compositor después de colocar el disco en el tocadiscos winco y escucharlo. Tomás conduce, el automóvil, pero también imita al director de orquesta moviendo manos en cada permuta de instrumentos. Es un apasionado de la música clásica; Laura, acompaña sin reproche, pero ella es más inclinada a lo melódico.

– ¡Deja de hacerte el payaso! le recrimina Laura advirtiéndole que Tomás suelta el volante. Él ríe. Le gusta provocarla. Dos meses antes esas imágenes y diálogos se daban en el trayecto final al ingreso a la entrada al teatro Colón como de costumbre: apresurada. Tomás en esa otra oportunidad también tenía razón. La función ya había comenzado y esta vez fue con: "La Venexiana" del grupo musical de Claudio Cavina haciendo maravillas. La sensación de estar en otro mundo, en otra comarca ajena a la tierra, ajena a problemas cotidianos con una orquesta marcando la nostalgia del lamento de su tenor Sandro Naglia y decenas de instrumentos.

—¡Qué bello Laura! ¡Escucha! Y ella atenta, escuchaba cerrando sus párpados ignorando que sería la última vez que Tomás escucharía música. El barroco con el nacimiento de la ópera en el 1600; a la muerte de Bach en 1750; o la música sacra, nunca fueron de sus preferidos. Si para Tomás.

Pasaron dos horas. Las pocas referencias que Laura pudo entregar al policía no fueron suficientes para hacer un identikit. Pero se fueron. Quedó el matrimonio vecino Mabel y Oscar. Conocidos de años, tal vez, unos cuatro; Mabel la obligó a tomar un ansiolítico que con voz lánguida murmuraba ¡Ni pensar! No es posible. ¡Ni pensar! que todo esto... todo, lo que construimos lentamente se fue, se fue con prisa. ¡Ni pensar quiero! llanto sollozo y repite, ¡Ni pensar! y espontáneamente recita entre sollozos la poesía, que Tomás le escribió en el verano, hasta que se adormeció ajena a su tragedia, el barbitúrico ya se estaba anunciando.

"Cuando esté ausente, seré como un lazo de reminiscencias indemnes, que harán despertar alboradas imágenes vividas Y allí estarás... con tu hermoso gesto premiado de pudor, cubriendo la pureza de tus palabras"

Y esas fueron las palabras finales que Laura leyó como despedida en la cabecera del féretro dando inicio al velatorio.

Los velatorios son rutinarios. El féretro ubicado como para una exposición. Las flores pálidas; una cruz infaltable en la cabecera y los candelabros de plata, custodiando la muerte. La ronda de café, el llanto de los deudos, el dolor de los parientes más cercanos. Pocos. Muy pocos. Tomás era un hombre huraño que gozaba con la soledad, Laura, permanecía sentada muy

cerca de la cabecera del ataúd. No lloraba. Era demasiado dolor para hacerlo. Detestaba los velatorios; si bien sabía que desde la edad media se realizaban durante tres días (resurrección) por las dudas el finado no estuviera muerto. La ausencia de Tomás abría un camino desconocido. Siempre fue muy protegida por su esposo. Era su refugio. Su paz. El desfile de compañeros de trabajo de Tomás no cesaba, al igual que las condolencias.

En la mañana el vehículo funerario negro, largo, fúnebre, lustroso, se encargó de llevarlos por calles vacías hasta el cementerio. Las palabras finales. Los saludos finales. El final de una vida y un cuerpo. Allí, en esas profundidades de la tierra, Tomás descansa en paz; en las sombras, en el frío de las tumbas; en el olvido del cuerpo en la extrema quietud del cementerio. El diálogo rutinario de los panteones preparaba la noche. Recordó la poesía de León Felipe que siempre le había impactado:

"Me voy de viaje...sigo un viaje
ya he estado aquí mucho tiempo
El viaje es largo, largo, largo
Uno viaja siempre
siempre está viajando
Uno viaja. Viaja sin volver atrás nunca
No se vuelve nunca
Nunca"

EL PLAN

Laura está aliviada. Fue más difícil el trayecto de regreso a su casa, que dejar en esa nueva morada a Tomás. Pero siempre está el regreso. El regreso a los recuerdos, a la mirada privilegiada del recuerdo en fotos, en los muebles preferidos por él, en las costumbres. El vacío en la casa se ha multiplicado. Está desolada. Desguarnecida con sus recuerdos intactos. Muy cercanos a la despedida. El programa del teatro Colón duerme ajeno al dolor en la mesa de mármol. Las fotos de ambos en portarretratos que estacionaron el tiempo para siempre entre esos marcos. Las fotos no envejecen. Perduran. La habitación aún revuelta. No hubo tiempo de acondicionarla antes de partir a la función del Colón. Una corbata en el suelo. ¡Siempre las tira! Pensó levantándola, acariciándola con inmensa ternura, como si fuese una parte viva que no acompañó al féretro. Aún tiene ese perfume animal propio de Tomás. Sonríe en complicidad con ella misma. Sería la última sonrisa. Laura entró en el mutismo y el aislamiento. Mabel y Oscar sus amigos y vecinos la dejaron descansar.

Caminaron despacio alejándose del dolor. Ya en su domicilio, muy tensos encontraron lo más extraño para Mabel. Eran dos jóvenes que estaban instalados en la puerta de su cocina. Asustada, temblorosa ajena al tiempo, pero impactada por el asesinato que ellos acababan de realizar. Mabel consternada, estremecida, por indicación de Oscar, preparó una taza de café con galletas que ella misma elabora, mientras él subió al dormitorio a buscar el sobre prometido: cinco mil dólares. Matar es barato pensó Oscar, al revisar el sobre y comprobar los billetes. Enterrar es más caro. Tarareando despreocupadamente bajo las escaleras se dirigió a los dos muchachos entregando el sobre pactado... Su frialdad desmoronó a Mabel que no podía creer de ese cinismo coronado con un "Buen trabajo", y "Salgan por detrás de mi jardín". "No hay nadie en esa calle". Terminaron el café y se fueron sin decir una palabra. Abrazó a Mabel y susurrándole al oído le dijo... "Tranquila...dimos el primer paso, ahora nos queda eliminar a Laura, a ella le gusta mucho nadar en el lago." Mabel no podía articular palabra, estaba atontada, sin reacción, paralizada y sorprendida. Oscar buscó dos vasos con hielo puso la mitad de vodka la invitó a brindar por su futuro. "Un paso más y nos quedaremos con toda su fortuna" Oscar como abogado albacea de Tomás nuevamente había logrado su rutinario plan; era el segundo. Fallece su cliente, hereda y maneja sus bienes. El deseo ardiente de poseer riqueza y más adelante fama. Una rutina. Ahora habrá que buscar una nueva provincia, y por supuesto una nueva víctima. Laura ya estaba condenada. Mabel no lograba asimilar lo que había vivido y la nueva y terrible personalidad que mostró por primera vez Oscar.

En su cabeza retumban las palabras de Oscar... "Tranquila" "Un paso más y brindemos" ... Él, eufórico, desconocido y de un cinismo cruel. Acercó su copa a Mabel como si nada hubiese pasado, la muerte o la vida para él merecían igual estado anímico, una faceta que ella desconocía hasta este instante que se desnudaba ante ella tal como era. Mabel destruida. Oscar había mutado; era la síntesis de la ambición por su anhelo de poseer lo que nunca tuvo y también de codicia, alejado de escrúpulos y tal vez consciente que el daño que producía no lo afectaría. Ella había escuchado en el hospital cuando en los grupos de psicología hablaban del complejo de Eróstrato, quien buscaba fama y fortuna a cualquier precio. Eróstrato era pastor griego, responsable de la destrucción del templo de Artemisa, por su fantasía y egolatría de cometer cualquier hecho criminal para conseguir notoriedad.

RECONOCER

En una habitación pequeña y ociosa, una cría de araña, trenza su malla con forma de amuleto en la esquina derecha de la morgue. El calor humedece todo el aire disponible, los muros desnudos, batallan por perpetuarse, las luces persiguen sombras y las sombras sueños, cuando esa delicada mujer decidida, irrumpe el escenario. Trémula ahora, avanza lentamente a la escena nunca pensada. Reconocer el cuerpo; le hieló su sangre ¿Podrá dominar nuevamente con la fragilidad de su palabra, la declaración policial del hecho, con el aleteo evidente de sus cinceladas piernas temblorosas? Otra prueba más al dolor. Antes tropezaba con la sospecha del desencanto. ya no temía a sus fantasmas. El cuerpo de Tomás yacía sobre una camilla marmolada de canaletas laterales y una tela blanca impecable era todo lo que cubría la desnudez de su esposo. Podía semejar lo que ella una vez observó en el museo del Louvre, en el cuadro de Rembrandt "Lección de anatomía" que el cirujano Tulp explicaba musculaturas en el cuerpo desnudo de un recién

ahorcado (el criminal Aris Kindt) ante la mirada absorta de otros médicos y anatomistas. en ese momento era ella quién estaba al frente de su ex marido, mirando solo su rostro que destapo lentamente, como si la muerte se tuviese que mostrarse lentamente. "Es él" Fue su único comentario. Algo le impedida moverse, hipnotizada ante la dura expresión del rostro con los parpados cerrados, pero con un rictus en su boca que no pudieron modificar. Era todo lo que quedaba. Un cuerpo vacío sin alma. Estaba con Oscar a su lado, quién le acercó los papeles del reconocimiento para que firmara. Laura lo hizo en silencio. No había lágrimas, sus ojos eran lechos secos, casi opacos. La mirada perdida sin fijarse en nada y en nadie. Imaginaba a Dante y Virgilio de la Divina Comedia; acompañando a Tomás al "segundo Reino" lugar de purificación del alma, porque de santo nada tenía. Pero tampoco fue un mal hombre pensó. Y recordó súbitamente cuando en el Museo del Prado había podido ver la obra de Pieter Brueghel llamado el Viejo; en su pintura: El Triunfo de la Muerte, algo que le había impactado sobremanera y como decía el mismo catálogo del Museo:

"Fustiga a las clases sociales por igual, a la Codicia y la Avaricia, representadas por los barriles con oro junto al emperador y al cardenal, y la bolsa que porta el peregrino; la Gula, la Pereza y la Lujuria simbolizadas por los jugadores y amantes con gallardos gestos a pesar de la tragedia que se les avecina"

¡Que síntesis magnífica! había exclamado Tomás al verlo, y este pintor renacentista, se anticipó más de 500 años en lo que sería el mundo. ¡Allí está la clave!, dijo entusiasmado: el triunfo

sobre la vida, que está tan saturada de defectos. Pero no seamos trágicos: también virtudes. Tomás esta inserto en esa pintura o rumbo al segundo reino. Esa pintura al óleo, le produjo temor y repugnación por la cantidad de cadáveres, de adultos, niños, mujeres y hombres, la oscuridad del todo, y las decenas de calaveras entre fuegos y escapes. Regresó compungida. Acababa de ver la muerte y ésta tenía un nombre: Tomás.

"DESCONSUELO..."

*"Nadie conoce su verdad íntima,
hay odios obsesivos, envidia y resentimientos no
puede uno escribir sobre sí, sin esconderse..."*

Augusto Roa Bastos

El alcohol abrazó su cuerpo y su mente. Todo había cambiado. La amenaza de liquidarla fueron mentiras; tenía otros planes que ella desconocía. Su plan se dijo, era perfecto. Y en ese estado consideró que se convertiría en el guardián de Laura, y en un animal con sentimientos más indignos que traslúcidos, custodiando sus sueños y deseos. Mabel, cansada de su propia voluntad, herida por las infidelidades de Oscar, y fundamentalmente por haber presenciado ese trato cínico con los dos jóvenes contratados para el susto convertido en asesinato, dejó en la nada lo que antes entregaba a la pasión. Él pensaba en Laura y lo que diría si le permitiese al menos, ser su consejero en cada acto de su vida. Oscar aprovecharía cada vocablo donde estuviera asegurada la imagen de Tomás como señuelo. Eso la desarmaría y lograría su atención. Tenía que ganarse su confianza, su interés, incluso había comprado unos libros de pintura para interiorizarse de las corrientes de la pintura y el arte. Sería su estrategia. Predecía con perfecta frialdad su propia existencia, profetizando en voz baja, "En mi victoria con

Laura, Mabel, sería solo una transición al olvido" Hasta se dió el gusto de comprarle a Laura un óleo de Alicia Besada llamada "De madrugada" donde una bella mujer, entre amarillos y azules se desparezaba como abandonando un sueño e iniciando una nueva vida. "Besada está inspirada en la feminidad y las figuras femeninas", dice en su propia página web donde Oscar encontró esta obra y la compró. Esta pintura es la adecuada, se dijo. Oscar es como un lobo solitario aullando en lugares extraños atento a sus presas, pero no en los bosques o cordilleras, sino en las salas de espera hospitalarias, donde aprendió a olfatear el lugar correcto y detectar que no había una competencia. Todas sus frustraciones, iras, emociones se identificaban más con los aullidos de un lobo, que con la palabra de un hombre. Todos encuentran en algún momento de su vida el lugar en donde asentarse y ejercer su oficio o profesión. Oscar, fracasado en muchos lugares, encontró en las salas hospitalarias su lugar y su futuro, allí conoció a Mabel, enfermera profesional de Terapia Intensiva. Era el lugar en donde el lobo esperaba siempre la denuncia de mala praxis. Pero esta vez Mabel acudió a su llamado porque Cristina, una paciente de 94 años había fallecido, y curiosamente antes de morir la dejó como heredera, ya que no tenía familiares. Necesitaba un abogado urgente. Y ¿Quién estaba a mano en ese hospital y en esa sala de espera? Mabel había logrado un cariño desinteresado con esta anciana y nunca pensó es especular, sin embargo, la herencia de una interesante fortuna la haría su presa. No bien se contactó con él y le explicó el motivo, cortejo a Mabel. Concretó toda la documentación necesaria para recibir esa herencia, la

entusiasmo, la envolvió en sus planes de casa fortunas, la cautivo y la hizo suya. Siguiendo la misma línea y ya con Mabel en Terapia Intensiva (justamente Tomás estaba internado), fue su nuevo foco de atención, hábilmente elaborado. De esta manera le sacó toda información a Mabel y la gravedad de su estado. Con un plan siniestro pensó en una acción directa, estudió sus antecedentes, bienes, movimientos financieros y observó el barrio residencial de Tomás. Curiosamente al lado de la casa de Tomás, había una vivienda más modesta en alquiler, que inmediatamente tomó sin consulta previa. Allí, donde iría luego a convivir con Mabel. Víctima y victimario a solo un paso del jardín. Mabel una y otra vez hablaba de Tomás como un buen hombre, pero de delicada salud y con varias internaciones de las cuales salió de Terapia a duras penas. Como buen manipulador Oscar se hizo presentar por Mabel a Tomás, y lentamente logró la confianza de él y su amistad, sabiendo que la enfermedad y la edad los hacía más vulnerables. La sorpresa de ser vecinos alegró a Tomás. Mabel fue para él un ángel y lograda su alta médica comenzaron a frecuentarse. Oscar se deshacía de elogios y homenajes hacia Tomás y lentamente en pocos meses, lo indujo a asegurar el futuro de Laura confiándole la administración de sus bienes. Tomás ingenuo cayó en la tela de araña y en base a los informes de Mabel sobre la precariedad de su salud. Oscar preparó la última estocada. Un asalto con violencia que no resistiría su deteriorado y condenado corazón. Un plan perfecto: paro cardíaco y fin.

Oscar impregnado ahora de todo lo que había ocultado desde que la conoció, sumaría una nueva víctima y un sustancioso

capital si lo lograba, pero esta vez, algo había cambiado Oscar estaba capturado por Laura, mientras Mabel, se acercaba al olvido. Deseaba a Laura no solo por su fortuna, sino por su belleza. Horas después de estar en la morgue, fue cuando Laura pidió que la dejara sola, porque necesitaba estar así, anhelando el silencio, y su llanto explotó sin vergüenza. Fue cuando Oscar asombrado por esa actitud de rechazo a su compañía no dijo una sola palabra y tampoco un gesto amistoso. Dió media vuelta, abrió el portón de entrada, dejó a Mabel en la puerta de su casa y se fue al bar donde vació dos botellas de amargura, que terminaron en ese delirio enfermizo tirado en la calle, vomitando bronca, babeando en el suelo. No admitir la derrota lo destruía. Su cuerpo no sintió el impacto al caer, la botella rodó en el declive junto a él, que continuaba recitando en voz alta su delirio con palabras arrastradas: "Seré aquel... que pueda contener tus alegrías, y acompañar tus sufrimientos.... y desconsuelo". Babeaba una saliva espesa, grumosa y maloliente. Horas después a poco del amanecer caminó tambaleando rumbo a su casa, desaliñado, embarrado, sucio, hablando al vacío con palabras inteligibles, trabajosas, insultando al mundo, a los vecinos, a sus propios pensamientos hasta llegar a esas dos casas gemelas. La de Laura en la oscuridad y la de él iluminada. Cruzó el jardín que prácticamente unía las dos viviendas y sus dos vidas donde lo esperaba Mabel.

LA PREGUNTA

"Nos rehusamos a cada instante a escuchar al ingenuo que llevamos adentro. Reprimimos al niño que nos queda y que siempre quiere ver por primera vez"

Paul Valery

Había una bruma semi oscura y extraña en el living, Mabel lo esperaba alcoholizada. Desde ese asesinato, ella había entrado a la bebida como si las botellas fuesen las destinatarias de su dolor y arrepentimiento. Su rostro mostraba tristeza, desconsuelo y odio, sus mejillas bañadas en lágrimas, las botellas en el suelo y dos copas semivacías sobre la alfombra. Con voz cansada, temblorosa e impotente dijo sin dudar al ver a Oscar a los gritos

–¡Tenemos que hablar Oscar!, ahora en tono desafiante, firme y de reproche. Oscar ya venía borracho y malhumorado. Despectivo buscó el vaso para servirse un Whisky.

– ¿Sobre qué quieres hablar?

Ella gritó furiosa

– ¡Sobre esos dos chicos que contrataste para el asalto!

– ¿Acaso fracasaron? Se dió vuelta vaciando su vaso en el rostro de Mabel mirándola de frente con desprecio. Ella

levantándose abruptamente tambaleando se tiró encima gritándole.

– ¡No era ese el trato! ¡Yo no quería un asesinato!, sabíamos que ese asalto le provocaría un infarto y su casi segura muerte. Gime, abuchea; mueve sus brazos. "Yo tenía sus últimos estudios y su pronóstico. Sus coronarias sumadas a cuatro Stent, no resistirían un ataque sin violencia, no de esta de naturaleza, solo era un asalto". "¡Era nuestro plan! ¡Era nuestro! Plan", repetía una y otra vez sollozando.

– ¡Pero contrataste dos improvisados que, en lugar de escapar, le metieron un balazo!, Y se tiró nuevamente sobre un Oscar debilitado con el alcohol, golpeando su rostro con el cenicero de bronce. Oscar sangrando de su pómulo derecho y desde el suelo solo atinaba a cubrirse su cabeza y diciéndole con voz entrecortada

– ¡Me dijeron que Tomás metió la mano en su axila derecha...y pensaron que era un arma! y.....

– ¡No digas más, nunca portó armas y ellos lo sabían porque ¡Yo te lo dije cien veces! Te lo dije...te lo dije. Repetía envuelta en llanto.

– ¡Sólo debían asustarlo brutalmente, pero sin agresión física!, dijo.

– ¡Correcto!, grito Oscar ¡pero fue un acto reflejo!, remató.

¡Un acto reflejo que nos traerá problemas a futuro! Oscar arrastrándose pateó el vaso, y también las piernas de Mabel insultándola y tambaleándose se fue al dormitorio. Mabel quedó sola... ¡Esta vez, estamos perdidos Oscar!, le gritaba una y otra vez mientras tiraba al suelo cuanto objeto encontraba en

su cercanía. Así quedó esa noche corta, porque el amanecer ya asomaba. Ella se había dormido en el suelo en medio de vidrios y platos rotos, mientras que Oscar yacía sobre la cama matrimonial en la misma posición inicial de su ingreso. Si bien sobre la tierna y blanca tez de Mabel, florecía el amanecer; en su conciencia lentamente apaciguada, había también una sensación de raro éxito contradictorio por haber logrado otra fortuna, –quizás la última–, porque no habrá necesidad de otra. Su ambición despertaba, pero vislumbró con reprobación su dependencia a una perpetuidad insegura con Oscar, y también, a una complicidad indirecta en el asesinato, que la condenaba, con sus pulgares quietos y puños cerrados. Sin habla, con el resabio de una noche agonizada en el alcohol, lanzó un rugido interno desmedido, ante esa calamidad que registraba ya, visos de fatalidad. Era la hora de regresar a su rutinaria vida de ocupación hospitalaria. Allí, donde simuló muchas veces no estar al corriente de los sentimientos de Oscar hacia Laura. De lo que antes era para ella su pasión, hoy imperaba el odio. Ya con lucidez y confusión mezclada, evaluando los hechos con serenidad pudo eliminar su ánimo abatido, y escarbar en la profundidad de hembra herida todas sus vigiliadas desangradas – que sin resistencia alguna– reaparecieron. Perdido su cariño vital, viviría ahora curiosamente independiente de cualquier anuncio. Un regocijo perverso atormentaba su encanto del "cómo y el cuándo" e inesperadamente prestaría atención a la inmolación fugaz de esa reciente y tierna mujer engañada. Pero ese no era su estilo, aun cuando no había relegado el espejismo que la habitaba. No le fastidiaba estar habituada al desprecio y

violencia de Oscar que ya lo había incorporado a su vida. Gastada su esperanza de felicidad, acudió entonces al arrojo, para disimular su desorientación, e invocó a sus convicciones resucitadas relamiendo el terremoto de una venganza futura. Supo esa mañana que todo había terminado con Oscar y juró no ser más su cómplice. Ya no le interesaba el destino de Laura y Oscar. Tenía en mente la fuga y el comienzo de otra vida. Nada diría hasta entonces y su vida regresaría a una normalidad absolutamente fingida. La ausencia de esperanza, revela un mundo frío y distante. Descendió cansada y debilitada, al sacrificio de la derrota, como signo aislado a su pertinaz necedad de haberse mantenido en el error. Pero estaba – por primera vez–, dispuesta a superarlo. Sabía que las catacumbas tienen la virtud de mantener el hedor nauseabundo del misterio. Aun así, en las unidades selladas al silencio, recordó su último encuentro con Ana en un bar, café de por medio días o meses antes, en diálogos intensos.

ELLAS

"Meses...antes de su tragedia"

*"Bienvenido a esta escena
donde los títeres se apalean
por razones que ignoras tanto como yo..."*

Joaquín Giannuzzi

En el "Bar del Antojito"; entre luces empequeñecidas Mabel descansa sus manos y florece en ella un curioso perfume de la ausencia. Ana la observa. Antes, ese lugar era luminoso y nunca ignorado. En aquel momento no lo era. Fatigada y cansada por los sobre turnos laborales y guardias extras, agobiada por ese camino hospitalario largo y tedioso del ayer, estaba feliz por su reencuentro con su prima Ana. Sabía que había un angosto camino entre el encanto y el abandono, y un difuso intervalo entre la pasión y el rencor. Lo pensaba siempre. Mabel se dirigió a Ana con voz categórica y convencida:

– Ana, yo no tengo dudas, lo mío ha terminado. Estoy cansada de tanta rutina y esfuerzo; necesito un cambio, o al menos, vacaciones. He dedicado mi vida a terceras personas, pacientes y me olvidé de mi propia vida.

Sollozando, sus mejillas tomaron un color rosado, como la más fiel representación de su inocencia. Indudablemente ella, siempre había viajado con su historia personal asentada en

fronteras con limitadas razones, de sacrificios y descontentos. Tal vez, sea ese, el origen de todas sus penas, aquellas que la obligaron a mantener una costumbre benévola para proteger sus principios, pero algo o alguien, estaba modificando su postura y desde ese momento, su consigna a seguir sería tratar de rechazar los elogios falsos, y renegar de los cumplidos hipócritas.

– De manera Ana, que he llegado a esta etapa de mi vida con grandes sacrificios, y ahora estoy envuelta en la nada. Era otra la Mabel de labios hambrientos ruborizados y luminosos, consciente que su belleza, con un secreto en el cómplice susurro del silencio que inquietaba su alma. Estaba dispuesta a olvidar, pero no a perdonar.

Elevando su voz, mirando fijamente a su compañera asombrada dijo:

– ¡Que viva el dinero! ¿Te acuerdas Ana? Así gritaban los ricos en esos lugares lujosos que solo veíamos de lejos. Entonces, esto marcó mi vida y mi carrera Universitaria. Me convertí en una enfermera de primer nivel luego de haber luchado desde pequeña, por lo tanto, quiero cambiar mi vida sin importar costo. – ¿Me comprendes?, no me importa a que costo. Meses después apareció Oscar.

– Pero mira Ana, he visto llorar tanta gente en el hospital con falsas lágrimas, que prefiero un paraguas agujereado para estar seca.

Ana escuchaba con atención. Conocía la historia de Mabel a medias, y esa noche estaba aparentemente dispuesta hablar de su pasado.

– ¡Por eso!, continuó Mabel tomando su tercer Whisky, a partir de esta noche me declaro mujer libre, para abrir definitivamente mi celda en la que estaba condenada. Parecía que un fantasma cabalgaba esa noche dispuesto a adelantar anuncios, rompiendo el silencio autoimpuesto. Su pensamiento fluía a borbotones en palabras entrecortadas, pero sin contenerse. Su mundo hasta ahora era un campo imaginario e irreal que no encontraba un sitio adecuado para su porvenir, a pesar que su voluntad buscaba relacionar sus ideas a la proximidad de una realidad distinta. Surgía ante Ana un personaje extraño, que tenía la convicción de imaginar que cualquier decisión estaría invadida de imprevisibles consecuencias. Era otra mujer, una mutación extraña, cuyo lenguaje transitaba del frío a la llama, su inconsciente dejaba de ser el bunker de sus secretos. Fue entonces, y a pesar que Ana se resistía al reclamo lastimoso de Mabel que cedió.

– ¡Vamos Ana! La noche está comenzando, busquemos un par de muchachos, y disfrutemos la libertad que merecemos. Estaban ambas de licencia laboral festejando. Salieron a medianoche. El boliche tenía el movimiento serpenteante y ondulante del tumulto. En la pista con luces que se entrecruzaban siguiendo la música enardeciendo de sangre los cuerpos de cientos de hombres y mujeres con movimientos espasmódicos y con sus ojos cerrados, sus brazos agitados en el aire que sumaban gritos a las canciones trabadas con el sonido mortal de la música. Ana consideraba que su compañera estaba en su quinta copa, muy cercana a borrachera. Propuso regresar donde por unos días compartirían un cuarto común con baño y una

pequeña salita a la entrada. Ambas sabían que esa amistad, era una exquisita usina de recuerdos familiares sin reclamos ni mezquindades y de extensos sueños compartidos. Tal vez con sonidos de dichas y fracasos, donde el paraíso soñado, solo era el rumor solemne del espíritu. Mabel, reposando en el mirador de sus experiencias, y a pesar de saber que la piedad desplegada hasta ahora, era el atuendo de sus astutos enigmas, sabía que su vida había sido creada con orgullo y no como un gesto de visible meditación para sobrevivir a la estampa tradicional de un padre violento y ebrio. Esto, que maldijo toda imagen de felicidad, vació a su familia de todo secreto. Estaba vulnerable, y no tardaron en llegar y sentarse en una mesa, con los buitres de la noche siempre atentos al encanto, y debilidad de su víctima. Ellos atacaron imaginando compartir en esa cita, todas las revelaciones que esas dos mujeres entonadas. No fue una tarea difícil. Mabel se prendió de los brazos de uno. Y lo llevó a bailar con desenfreno, convencida de acariciar la indecencia del deseo, pensó que era el mejor homenaje al amor herido; porque ignorarlo, sería la peor obscenidad. Cada segmento de su piel era un continente que ha sido, o va a ser, explorado y amado. Cada segmento de su cuerpo, un pergamino con un continente de caricias, Mabel era ahora un voraz caníbal de pasiones, por lo tanto, una esclava de la carne decidida a consumir a su amante.

Ana, quedó con el compañero de Mabel bastante tomado de tragos, pero alegre. Las vicisitudes de la vida, una vez más les demostró, que la ingenuidad, es un sentimiento inofensivo. Ellas pecaron de ingenuas, terminando en un hotel de una sola

habitación, enredadas en un cuarteto amoroso, donde nadie sabía quién era quién. Sexo, violencia, alcohol y desenfreno. Horas más tarde, sus acompañantes saciados en exceso, abandonaron sigilosamente el cuarto dejándolas desparramadas, esparcidas al desecho escapando sin pagar. Ellas, borrachas, desnudas, encementadas, tiradas en la enorme cama, solo despertaron con golpes en la puerta. Era de día. El sol encendía una ventana de cortinas rojas... el ambiente estaba viciado. Desconcertadas, perdidas, y como en toda pesadilla, vivieron la tendencia al asombro. Súbitamente golpearon la puerta, abrieron, y un hombre ya maduro, serio y con un rostro de pocos amigos, inmóvil desde el marco de la puerta, las indujo a guardarse cualquier reclamo:

– Pagan, o llamo a la Policía. La tarjeta de crédito de Ana caída en la fuga de sus amantes salvó la situación y salieron avergonzadas. Saciada la fantasía del placer, la realidad las desterró de toda venganza, ni siquiera sabían los nombres o direcciones de sus fugados acompañantes. Apenas asomaba la aurora cuando regresaron a su habitación rentada, allí, no obstante, el cansancio, sacaron de su heladera minúscula, dos latas de cerveza, "dicen que corta la resaca, dijo una" y brindaron efusivamente por el irresistible regreso de las pasiones. Abotagadas, envueltas en una lucidez frágil, decidieron beber como visible símbolo de un retorno a una sociedad renovada. Suspiraron felices luego de aquellos abrazos amables y de este licor que esperó como el más solemne bello signo de alegría, cuando nació...el aliviado camino de la aurora.

Desde la ventana que da a la calle advirtieron que, en esas lejanías inaudibles al sonido por el vidrio, existían voces en decenas de peatones deambulando en silencio en las aceras que ellas dejaron. Fue entonces cuando les invadió una profunda inquietud por este mundo azotado de frivolidades, y alejado de toda sabiduría. Ellas fueron esa noche solo transeúntes caminando bajo una lluvia mansa con sus paraguas limitando sueños. Esas imágenes tenían la virtud de hacer visible un mundo silencioso y húmedo, eludiendo pequeños charcos de historias. Ebrias de toda virtud, burla y risa, mantuvieron las imágenes diabólicas que otorgan las noches zambullidas en sexo, conscientes de sombrías borracheras. Inalterables obstinaciones que les permitieron mantener todas sus convicciones, a pesar de las dificultades que daba la imagen de un creciente rechazo de una sociedad vulgar y fluctuante, que siempre a ellas, las miró con desconfianza y profundo deprecio. Erguidas ante el obstinado sonido de la vida, ensayaron con soltura convertir ese temor infame y vivir sin jaulas. Urgidas a buscar honor, sus ingenios ensayaron todos los caminos que en teoría existían a su alcance. Fue entonces, solo entonces, cuando brindaron efusivamente por otra noche envuelta en placer y misterio, dejando que una abundante felicidad abandonara los caminos sinuosos de la compasión y represión, para acariciar las suaves esencias del futuro. La obsesión intensificada por innovar, las obligó a superar las vallas que las condenaban a una rutina hostil y agobiante. Si bien lo eterno siempre sobrevive como metáfora o deseo de inmortalidad, esta realidad sofocante se comportó en ellas como una máscara imposible de ignorar,

donde la conmoción de la verdad buscó piedad para mantener el decoro. Sus últimas palabras antes de caer al sopor del cansancio fueron: "Vamos a buscar otra vida que nos permita vivir sin más restricciones ni dependencias" Un último juramento al unísono, antes de caer definitivamente vencidas en sus lechos con sus tristes historias personales.

Las noches son peligrosas en esos lugares, sin embargo, existen otros mundos donde también hay dolor y violencia de agitados gritos ante el filo o punta de una navaja que hieren los cuerpos permitiendo a veces, que una pestilencia surja en medio de una mancha purpúrea, que las víctimas mantienen vivas, mientras fenecen sus cuerpos en jardines de sombras. Estos crímenes pasaban en su barrio diariamente. Por eso, para el olvido de esas tragedias y hambre, ellas coinvertirán sus sueños en visibles realidades, donde el equilibrio logrado, generaba en sus pechos el descanso de tensiones superadas, evitando un baño de lamentos. Cientos de inquietudes e intimidaciones, despertarían en ellas un imaginario, aprendiendo así crudamente que por errores, no debe conceder piedad a la tristeza. La frescura de Mabel parecía dibujada por el hábil pintor. Su silueta semejaba una deidad en reposo, el cuello, un junco perfecto con su piel virgen. Había una mirada de asombro y duda, sin embargo, se sabía admirada. Seducción y belleza, serían sus instrumentos y como una joven que guarda un abanico de secretos, su espíritu, que huyó por un sinuoso sendero de espinas, nunca regresaría. Convencida de buscar ahora "El hombre", no el amor, cualquiera que se animase a recorrer con cautela todos los senderos de su vientre, les permitirá alcanzar

el destino, pero eso, eso sí tendría un precio. Su gloria competiría en las calles ocultando imágenes de antiguas calamidades, tal vez porque la ausencia de esperanza, revela a futuro, un mundo frío y distante. Mabel Ingresó a un callejón sin salida, donde "el más vale, siempre triunfa al nunca", y la costumbre de aceptarlo, indefectiblemente termina siempre en vicio. Ana por lo contrario tomaría distancia a su pesar.

OSCAR

Años antes

*"Bienes no conocí, más que el prodigio
que ofrece la divina indiferencia
Era la estatua entre la somnolencia
de la siesta y la nube
y el Alcón alta y alzado"*

Eugenio Montale

La historia de Oscar era más de fracasos que de éxitos; esa noche estaba perdidamente borracho. No distinguía una sola figura con nitidez, vomitaba lo poco que había cenado luego de largos espasmos que le obligaron a doblegar su cuerpo sorteando las cascadas tibias de sus arcadas, acompañada de una lluvia mansa sobre su ropa hedionda y húmeda. Había jurado no beber más, pero la obligación del medio, replanteó su propósito, después de leer en el periódico el aviso fúnebre, que daba cuenta de la muerte de doce pasajeros y un gato siamés enjaulado en el baúl de micro. Su trabajo en estado de lucidez, era casualmente de ser abogado auxiliar recién recibido del perito forense. Hizo un esfuerzo intelectual intenso para determinar con su peritaje, la causa del accidente, y una conclusión: "El conductor abandonó el volante para fumar, pero olvidó de colocar el freno de mano del ómnibus en una banquina en declive" sumado a dos carillas con detalles absurdos. Estaba nuestro perito, abrumado por la tragedia. No por la suerte de los pasajeros, 12 heridos y dos muertos, sino por su gato siamés,

que había enviado a su hermana a Tartagal. Ella también estaba desolada, y el gato "muerto". Y ella, estaba desesperada por ese gato, ya que vivía en medio de las serranías subandinas de Salta, con una flora y fauna muy variada que hacían necesario al menos un gato que fue el único encargo a Oscar. Las entramadas de la selva de Yungas así lo requerían, pero por este accidente no llegó a Salta el transporte. Sabemos que el alcoholismo en Argentina es el segundo de América Latina y ocasiona más de 8.000 muertos al año y de inicio temprano, entre los 13 y 14 años y Oscar estaba en esos grupos desde la adolescencia por lo que el alcohol hizo lo suyo, sumado al consumo por su mala atención al gato. Y como era previsible; hundido su prestigio por ese informe que presentó, la opinión general de compañeros y controles hablaron del incidente, con detalles de broma y burla. Deseando proteger todas las inquietudes y dudas que se descolgaban como racimos del brazo de la noche, confesó que su generoso informe –para él–, ofrecido en aquellos lánguidos días sofocantes de trabajo ante sus superiores, advirtió con sorna, entre las brumas tenues del auditorio, un pequeño resquicio, como si fuese el camino urgido ante la frágil credibilidad de un directorio agonizante ante su inadmisible relato. Y como un generoso gesto que sucumbe ante la desidia contagiosa y desquiciada de oyentes, inició un cansancio sencillo, buscando la razón de sus desvelos y autoaislamiento. Herido por preguntas irónicas y descalificantes de insaciable chanza; regado de comentarios frágiles, avanzó lentamente. Despedido. Humillado. Juzgado y condenado, por su incompetencia sin tener oportunidad a defensa, obligado por

su orgullo derrotado, cargó en sus hombros, sus documentos en dos viejas urnas de madera sustitutas del portafolio y presagiando un futuro de caóticos días y noches de luces impensadas, en múltiples calendarios tormentosos, envuelto de brumas, explorando la nada, con oscuros pensamientos trágicos, sumado a su tormento por no encontrar el camino perdido y poder regresar de su destino cruzado por incertidumbres. Descubrió que sostener la vanidad a cualquier costo conspira para vivir en el éxito. Terminó su carrera de abogado a duras penas, mal alumno, vividor de noche, alcohol en muchas ocasiones, nunca esquivando al porro. Tenía todas las cualidades del fracasado. Sin embargo, su familia del noroeste argentino había dado su ultimátum.

– Terminaste tu carrera, terminó el apoyo económico para gastos. Ahora, el camino es tu propia responsabilidad. Oscar comenzó entonces trabajos temporales, escribanías, estudios jurídicos, empresas, sindicatos y justicia, la última como auxiliar suplente del Perito Forense en este caso. La mala praxis de un abogado recién caduca a los 15 años según las leyes actuales, de manera que siempre, pendiente de un hilo, trataba de llegar a ese año que lo liberaría de responsabilidades. No diremos que era inútil, pero sí, que su permanencia en esos lugares no fue del todo exitosa, hasta que un día por casualidad, estando en la guardia de emergencias del hospital, por su gastritis cada vez más intensa, saliendo de la consulta lo encara un muchacho de su edad, y le pregunta si fue atendido correctamente o si quería hacer alguna denuncia por Mala Praxis. Oscar dijo que todo bien y por curiosidad le preguntó ¿Qué, acaso eres de

esos abogados buscando pleitos? Sorprendido el joven le dijo ¡No soy abogado! me gano unos pesos buscando clientela por mal trato, o error médico de familiares internados y mal controlados para que acudan al estudio jurídico –este–mostrando la tarjeta. Tenía la dirección nombre y especialidad: "Mala Praxis & Cía." ¿Y cuánto te pagan? Depende el cliente que lleve y le entregue la tarjeta. Te dejo esta por las dudas, estiró su mano con la tarjeta. Dio media vuelta y se retiró luego de saludarlo. Una luz se encendió en su interior. Esta era sin duda, la inconsolable realidad, que lo alejaba siempre de todo. Había vivido en el esfuerzo de su fantasía en zonas inexistentes de contornos visibles, pero ahora; estaba en su camino. Los últimos años de su carrera, escuchaba música en una FM local, como único complemento. Estudiaba poco y entonaba canciones con total dedicación, hasta se daba el lujo de pararse sobre un banco de la habitación y cantar sus momentos cruciales. Fantasías. Pero supo también, que para buscar gloria o éxito sería necesario competir en ambientes de ocultas imágenes, conflictos y calamidades. Pero su juventud siempre lo ayudó ha a saltar con merecido valor, etapas de la vida con una actitud de audaz calma. Era su personalidad. Con la decisión de abrirse camino en el mundo, caminó por calles deterioradas pero seguras, hasta su pensión, logrando sembrar inquietud, a transeúntes conocidos que lo saludaban sin saber que hubo mágicamente en él un cambio. Había descubierto su futuro y le repugnaba atesorar melancolías pasadas. Ambicioso y cínico, buscó otra cosa que lo llevase al éxito. Supo que hay quienes, por voracidad de poder, se convierten en predicadores de ilusiones, sumando odio

a la envidia. Son los dementes de grandezas, limitados a no poder reconocerse ni a sí mismos como seres débiles y frágiles de futuro limitado. Es consciente también que, en los subsuelos de su ambición, se encuentra la virtud de mantener el hedor viciado del misterio. Por eso, si sobrevivía a esas experiencias en el creciente temblor del tiempo, haría de esa postura, el atributo para cobijar su total devoción al ímpetu agresivo que habitaba en los rincones de su indecencia. Su voluntad se atrevió a realizar agobiantes experiencias de simulación y deslealtades de imprevisibles consecuencias, para mantener equilibrio ante las envidias silenciosas, reptando desde el exterior, por una pequeña ventana a misterios propios. Pero seguro que todas sus malas virtudes tenían oscuridades al alcance del tiempo, aceptó elogios, y profetizó que esas ricas decenas de clientes, serán su objetivo como así también su fortuna. Sin talento, pero con la ofrenda de audacia, su vida, colmaría esa fantasía. Y en ese reluciente espacio glorioso, un sinnúmero de planes ambiciosos postergados lo sorprende, como si paseara o navegara en mares de fortunas y deambulara entre anónimos ejemplares. Evasivo y sin consuelo, maldijo no poder registrar ningún dato concreto de éxitos anteriores en su vida, y su mundo alimentado por la codicia. Sin embargo, su imaginación aguda y desatada permitió que sus utopías se comportaran como un espiral sacudido por torbellinos libres ya de esos fantasmas hostiles que antes lo deprimían. Entonces, supo que había triunfado solo por haberse emancipado. Su terquedad lo arrastró del miedo a la batalla. Y se dijo en voz alta: "No hay precio para mi libertad, ni límites para mi ambición" Su vanidad es ahora

tan fuerte, que solo puede ser vencida por el tiempo y terminar en harapos. Pero era consciente, que el goce desmedido de su triunfo podría opacar su futuro y humillar más su humildad perdida.

Regresó con una humildad fingida. Había sido injusto con Mabel. Le robó un beso. Sabía que un beso, demuele la parodia de los celos y la vergüenza. Y muchas veces es el esfuerzo trágico de una despedida, o la alegría de un regreso. Estaba seguro que esa deliciosa convivencia matinal borraría toda imperfección del pasado, aun cuando esa sinceridad simulada pretendiera cubrir todo, con la bondad de su falsa sonrisa. Sabía que el principio de la riqueza mantendría un anónimo placer de eternidad. Sin embargo, estaba resuelto y persuadido que, en toda chimenea, las espinas se mezclan con leños sin piedad uniendo sus cenizas; Oscar avanzó hacia Mabel convencido que toda su imaginación, tenía aún, la humilde condición de crecer entre las sombras.

– ¡Hablaré con estos chicos y pondremos todo en orden, sé dónde encontrarlos y también cómo manejarlos! Su voz sonaba extraña y falsa, sin embargo, trataba de mantener una serenidad que aplacara las iras de Mabel que se mostraba muy inquieta, descontrolada y ofensiva.

– ¿No estoy tan segura Oscar!, gritó sin medirse, buscando confrontar con el razonamiento casi infantil de Oscar.

– Ellos tuvieron una actitud rara cuando uno les hablaba. Miraban al piso, y temblaban como si tuviesen miedo de ser reconocidos. Mabel estaba descontrolada, asustada, temblorosa, pero también furiosa.

– Tranquila mujer, son parte de tu imaginación. Mañana iré a su buscarlos y aclaramos todo. Y la tarde perdió sus límites. Ese anochecer de luces mortecinas en calles desiertas, marcó la primera etapa de la tragedia. La noche era oscura ¿Por qué las estrellas siguen blancas en esa noche de media luna blanca? Fue cuando pensó en Mabel. Ella sería un mar seco, el viento del deseo ausente y una llama que ya no enciende. Oscar mantenía una mirada fija al techo. Tal vez fuera el momento de una despedida sin palabras y borrar un recuerdo inocente y austero. Sabía que con esta actitud renunciaría al goce de su estabilidad, porque si en algún momento renunció a deleites fatídicos entumecidos en ese momento, decidía arder su alma en el infierno. Y llegó a una lógica despedida. En una suave lejanía hasta que el cansancio dejó su cálido mensaje: habrá dos almas separadas en sus caminos. Pero hubo una advertencia al otro día. Una sentencia imprevista de certeza, que ensombreció su cuerpo de paz. Una sola palabra desencajó una intensa angustia.

CRITICO

"Lo irreparable no lo hace nadie se hace solo.

Quien hace un paraíso de su pan;

de su hambre hace un infierno"

Antonio Porchia

Dos meses después del hecho, Claudio y Andrés, buscaron trabajo. Los contrataron como ayudantes por 20 días, para llevar cajas y cajones con ropa de moda. No había otra vacante en la Empresa de modas de verano y ellos tenían que trabajar para mantenerse. No los incorporaron a la planilla de empleados, estaban en negro, no existían. A la semana los enviaron a Punta del Este en la costa uruguaya, con cajas y cajones, para los desfiles de temporada. Se imponía la clásica pretemporada, y los modistos, presentan sus trabajos. Era ya un clásico del verano. Punta del Este pasó de ser casi una aldea alrededor del Faro construido en 1880, a ser en 1980, o sea cien años después, una de las ciudades de mayor crecimiento y obra inmobiliaria del Uruguay. El evento se desarrollaría en locales de Av. Gorlero, la zona más importante desde el punto de vista de promoción, exposiciones y novedades. Para ellos dos, les pareció increíble poder estar en estos lugares. Y también poder asistir gratuitamente por sus contratos a los desfiles de moda donde las modelos femeninas, lucen sus cuerpos delgados y

esbeltos. Las siliconas, contornean huesos vírgenes y se alejan de estufas y calo—ventores por temor y cuidado que se derritan. Las sonrisas abundan al caminar, cruzando las piernas, como diciendo ¡Ven que se puede! Los escotes liberan senos y las tangas fantasías de libidinosos jovatos. Todo es una gran baba, que se mezcla con el público local y el espectador de pantallas de TV que seguro se preguntan ¿Para qué ropa y modelos tan caros? En los años cincuenta, también fueron sede e inicio de festivales de Cine en el Cantegril Country Club, con asistencias de figuras internacionales del cine. Eran otros tiempos. Ambos disfrutaron de esas vistas exclusivas y conocieron Punta de Este en sus momentos de descanso. Claudio era el más veterano, tenía solo 29 años y Andrés 19. El dinero que le habían robado al viejo que balearon y los 5.000 dólares que les pagó Oscar tocaban fondo. El juego, droga y los burdeles habían dado cuenta de una buena época hasta que viendo la disminución de sus divisas se emplearon en esta casa de moda, que anualmente presenta sus creaciones en esos lugares exclusivos de Punta del Este. Nunca imaginaron que ese domingo en que disfrutaban la playa se les aparecería Oscar.

– Tengo que hablar con ustedes muchachos, les anunció con una voz cordial pero firme. Claudio desconcertado atinó a contestar con una pregunta.

– ¿Para?

– Tenemos que hablar sobre el asesinato del viejo, repitió de buena forma Oscar.

– Ah...dijeron al unísono. ¿Paso algo?, preguntaron...

– Nada en particular, pero tenemos que hablar. Hoy a las seis de la tarde en el bar que esta sobre esta playa (lo señaló) los espero. Claudio se quedó callado. Oscar se fue caminando con suma tranquilidad, como lo hacen los turistas que se acercan a la playa a saludar a un amigo o pariente. Andrés, temeroso comenzó a preguntar y preguntarse.

– ¿Y para que nos quiere el viejo? Claudio más inquieto planteo varias alternativas.

– Otro trabajo, más dinero, o alguna información sobre el asesinato. Iremos, dijo serio y veremos que quiere.

– ¿No será una trampa?, dijo Andrés.

– No. No es de ese tipo de persona, seguro que es otro trabajo. Pero bueno, faltan siete horas, aprovechemos la playa. A las cinco comenzaba el desfile de modas, solo alcanzaron a ver las primeras muestras de trajes de baño. Mujeres hermosas casi desnudas, tangas que insinuaban con majestuosa solemnidad sus curvas y sus atributos sobre una tarima que ellos mismos habían ayudado a construir. Era como se lo habían imaginado. Ese día les permitió al fin, cumplir la obsesión de conocer la complejidad del verdadero mundo hasta ese momento prohibido a ellos. Se preguntaba Claudio si esta fatalidad o tragedia que vivían, revelaba con frialdad, la desolada sombra de sus propios pasados.

Todas esas experiencias, despiertas hoy, precisan abolir un símbolo que flamea en el destello de una discreción ignorada hasta donde se pudo -por haberse callado-, como si fuese ese crimen, el legado de un trágico pasado, o de una historia viva alarmante ante actitudes de algunas sospechas aisladas,

solitarias a pesar que escondieran inútilmente el hecho criminal. Ese hecho trágico y accidental, los mantenía con pesadillas. Aquellas imágenes de Tomás brotaban y castigaban. Mientras miraban el desfile que fascinaba por su belleza, el reloj marcó la retirada faltando solo cinco minutos Claudio ordenó a Andrés el retiro para acudir a la cita con Oscar. El Bar, estaba a solo dos cuadras de la tarima. Ellos nunca pavonearon sus malicias.

– Este idiota está casi identificado, dijo Oscar malhumorado cuando los dos muchachos tomaron asiento en el bar, señalando al más pequeño: Andrés que se mantenía muy tenso y confuso.

– Hay una cámara de seguridad en la calle justo de atrás de mi casa, casi en la esquina, que lo tomó cuando corría ya sin la capucha. No está muy clara, pero no tardará en definir los rasgos, hay tecnología para esto. Sos un tarado, matás y no solo a un hombre desarmado, sino que ponés tú cara en la cámara. Andrés no hablaba, no podía. Claudio mira a Oscar incrédulo y asustado, pero fue el primero en reaccionar.

– ¿Y a mí? ...

– No, a vos no te toma la cámara. Estabas fuera del ángulo. Suspira, se siente aliviado. Andrés siempre hace algo mal, ahora con esto puede quemarlo definitivamente a él. Eso le preocupa. Oscar detalla entonces todo lo actuado por la policía hasta que llegó a Uruguay, clandestino con un documento de identidad de un cliente del estudio. Es probable que la orden de captura de Andrés, este saliendo en unos 30 a 60 días y lógicamente comenzaran a ver los contactos y relaciones en la familia, amistades y lugares que frecuentaba en forma rutinaria.

– ¡A ver, muchachos!, quiero que se borren de todos lados, incluso que se vayan del país, no tardarán en identificar de que jardín pudieron haber escapado, solo hay cuatro casas en esa cuadra y si me relacionan con ustedes no tengo salida. Claudio escuchaba en silencio. Irse del país jamás se le había cruzado por la cabeza. Escondarse ¿hasta cuándo? Todo se complicaba y el vértigo de esta noticia cambiaba toda posibilidad de permanencia en sus lugares habituales.

– ¿Estamos condenados?, sugirió.

– Si quieres que desaparezcamos no tenemos dinero, vivir clandestinos en otro país no es cosa fácil y tampoco tenemos experiencia, Oscar asintió.

– Les daré ahora 2000 dólares a cada uno y no me llamen, no tomen contacto conmigo, ni con mi esposa bajo ninguna manera, por dos semanas.

– ¿Acaso piensas que con eso podemos vivir?, retrucó Claudio.

– Si son por unos días les sobra, y bueno; después vemos de que otra forma podemos solucionarlo, pero los dos deben desaparecer, dijo finalizando el relato. Entrego el sobre y les dijo:

– En este bar, nos veremos en dos semanas a la misma hora y solo dejarán en ese jarrón de la entrada disimuladamente enterrado un papel diciendo en qué dirección están en Colonia, por el caso de no estar en el hospedaje que "ya les alquilé "en Colonia; o acá, en Punta del Este, por las dudas tenga yo que buscarlos.

– ¿Colonia?, dijo Claudio...

– Si es una ciudad a 170 Km de Montevideo muy tranquila y lejos de lugares frecuentados por turismo argentino, les doy esta dirección. Van a la Calle de los Suspiros, y en la segunda esquina doblan a la derecha y allí hay un hospedaje llamado "Rio". Tienen una habitación alquilada a nombre falso de los hermanos "Rivera Bernardo". También les dejó con esos nombres falsos, dos pasajes en avión que saldría de Montevideo, a Lima Perú, al día siguiente en que se encontrarían en este bar.

– No nos contactaremos de otra forma bajo ninguna circunstancia, sepan que, si me relacionan con ustedes, quedan condenados a cadena perpetua. A mi edad, pierdo menos que ustedes. Piénsenlo y no se expongan. Colonia les gustará es una ciudad tranquila, colonial y podrán trabajar en bares y restaurantes. Dicho esto, se levantó, tomo un taxi y desapareció.

JARDINES

*"A mi lado sin tregua el demonio se agita
En torno de mi flota como un aire impalpable"*

Charles Beudelaire

Oscar y Mabel desde esa maldita fecha del asesinato de Tomás, no habían podido regularizar sus relaciones, el reclamo de Mabel. El viaje a Uruguay y el "arreglo" con los muchachos comprometidos en el asesinato los ocuparon. Las preguntas de la policía, todo había producido entre ellos una grieta. Esa fisura despertó un tiempo incierto, bloqueando palabras y diálogos que antes eran libres. Mabel retomo las tareas habituales en el hospital, aunque con sensaciones extrañas y dudas. No era la misma. Sus compañeras notaban en ella un cierto alejamiento de sus relaciones habituales en los descansos, cuando tomaban el café a media mañana. Hablaba poco, estaba distraída y a veces ausente. Oscar ya había viajado a Uruguay para contactar con los muchachos y estuvo dos días.

– ¿Por qué dos?, preguntó, Mabel cuando se lo comunicó, sorprendida.

– Porque casi seguro que debo localizarlos y eso puede costar. Fue su argumento de entonces. En realidad, bastó solo

una tarde. La invención no era difícil de ser descubierta si seguía preguntando, pero allí quedó. Oscar tenía motivos para mentir. Mabel aturdida, sabiéndose culpable, semejaba físicamente a aquella paciente anciana que nombraban entre todas sus compañeras con sorna y cariño la "Dama del Rincón" por su preferencia a mantenerse alejada de todos, envuelta en depresión y tristeza. ¡Qué vigente está en esa figura ella! Sus compañeras entristecidas se comprometieron hacer algo nuevo para que olvidara esa imagen y se impusieron iniciar un acompañamiento, sin protestar ni disputar nada, como una consideración a sus presuntos conflictos. Dolida por aquella ofensa de Oscar a su conducta dócil, esa imagen deteriorada, desafiaba con modesta elegancia aquellos falsos pendientes de ónix sobre sus pechos generosos. Mabel era como una sonámbula solitaria, hasta el surgimiento de un audaz plan, necesario e inmutable para salir del trance que la atormentaba. De su boca antes llenas de historias y fantasías, navegaban palabras sin destino, dejando en su camino, sílabas mansas sobre un ambiente triste. Se resistía a ser vencida a pesar de todo. Impedida en su vuelo paralizada sus alas, era una habitante desbandando su voluntad en la luz y también en la sombra. Allí iba ella, con sus sueños, en sendas volátiles, sin derroteros claros en decorados ajenos. Mabel dueña de sí, resignaba a los buitres sociales, su memoria y la memoria de todos. Finalmente, y después, solo después de esa descarga final, se deslizó por los pasillos y rincones del hospital, hasta el bastidor verde de la sala de estar, buscando nuevamente vivir, resistiéndose a ser más dañada, y para sentirse finalmente libre. Oscar había

transformado su vida y destruido su futuro. Era el autor intelectual y material, de un vil asesinato que ella debía mantener en silencio cómplice, con la mordaza de una amenaza y la espera. La separación por horas. El abismo del día. La fractura del tiempo. El vacío del amor. El reencuentro imposible. La actitud desconfiada de ella, sumado a la persecución de él que anunciaba un desconcierto amoroso definitivo.

CALLE ...Y ACERAS...

*"Cruzamos el infinito a cada paso; nos encontramos
con la eternidad en cada segundo"*

Rabindranath Tagore

Oscar regresó de Uruguay en la madrugada, un día antes. A Mabel le dijo dos días. En realidad, solo le bastó una tarde. Utilizó la documentación falsa que no había sido observada anteriormente. Oscar de regreso a Bs As. Rodeado de rostros extraños, miradas lejanas, frías, casi ajenas, llevaba en su mano un bolso: efectos personales, una muda de ropa y algunos artículos que reservó para lectura. Una rutina, un destino y la búsqueda de nuevas noticias. Su regreso fue en una madrugada, encendida de sol. Sumergido en el calor atrapado en el Buque Bus, respiraba profundamente, como si el aire pudiese transformar el cansancio en placer. Hubo un deseo y una imagen que lo llevó a caminar por las calles de regreso en búsqueda del lugar. Un lugar que estaba bajo un registro falso. Sabía que estaba cercano al lugar que el taxi lo dejó. Prendió un cigarrillo en la acera. Descansaba mirando hacia todos lados para ubicarse justo en una esquina, donde había un monumento a pocos metros, un hombre de espaldas marmolado, tal vez el fundador. Rígido. Perpetuo. Eterno. No sabía quién era solo

veía una espalda gris. Caminó por la vereda hasta encontrar el "Hotel San Antonio". Una edificación adusta, envejecida y gris. Ventanales amplios con persianas metálicas desteñidas y un timbre con el aparato blanco incrustado en la pared lateral izquierda. Era muy temprano. Las calles aún estaban vacías. El aparato contestó con una voz semidormida.

– No hay lugar. Solo reservas.

– Yo la tengo, dijo Oscar atento, dio su nombre falso, y esperó unos segundos. El timbre de la puerta sonó y la puerta se abrió. El lugar tenía detalles delicados, estudiados. Aceptó al mismo como el correcto. La habitación luminosa, la ducha cuadrada, las paredes transparentes, una cama bien presentada, comodidades y detalles algunos descuidados. Le llamó la atención los detalles. «Debo ser moderno» se dijo. Tenía tarjeta para todo uso, luz, puerta, ascensor. Recordó cuando subió en ascensor con una pareja, la mujer de rostro extraño, seria, mirada de hielo, con su acompañante, que aparentaba ser un hombre de negocios. Oscar tocó el botón del segundo piso. Ambos iban al segundo piso. El botón no respondía. No se encendía. La puerta no cerraba. Él la miró con suficiencia como diciéndole ¡Estas cosas modernas! y espera. La mujer quieta. Pasan segundos y ella le dice a Oscar

– ¿Le puso la tarjeta?

– ¡Ah La tarjeta! contestó Oscar no sabiendo lo que en realidad preguntaba.

– Acá la tengo, dijo seguro de sí mismo.

– ¡Entonces colóquela!, dijo seria. Oscar pensó ¿En dónde carajo? y duda, porque no entiende absolutamente nada. Ella

toma la iniciativa. Abre una cartera de cuero, saca la suya y la coloca en la abertura pegada a la botonera. Toca el botón y el ascensor arranca. Papelón. El campesino se muestra desnudo. Acepta ser llevado y ensaya una explicación absurda

– ¡Lo que pasa que yo coloqué la tarjeta, pero se ve que está descargada! Ella lo fulmina con esa mirada de hielo. ¡Ignorante! se habrá dicho a sí misma. Suben juntos. Llegan al piso, la puerta se abre y ellos a la derecha; Oscar a la izquierda. Trata de abrir la puerta. Cerrada. Mira el tarjetero y ensaya colocar su tarjeta. No responde, una luz roja encendida le niega la entrada. Él insiste, coloca la tarjeta de distintas maneras. Nada. Una mucama que pasa se ofrece:

– ¿No funciona la tarjeta señor?

– No, dice Oscar. Parece que el aparato no responde. La mucama toma la tarjeta del señor y en su primer intento abre la puerta. Y le enseña.

– Ve esta flechita debe estar para abajo. Él asiente antes de sumergirse abrupta y definitivamente en las sombras de la habitación por el segundo papelón. ¡Esa flechita esa flechita! repite en la oscuridad mientras trata de prender las luces que no responden. Busca las ventanas y corre la cortina de una de ellas abriendo paso a la luz natural e inmediatamente se pone a estudiar el proceso de iluminación artificial en el manual que está encima de una mesita redonda. Un círculo de vidrio en la nada. Dejó su bolso y partió a buscar su contacto policial en el bar convenido. Estaba a dos cuerdas exactamente. Ahora sí pudo utilizar la tarjeta como correspondía.

COLONIA

*"No somos más que el recuerdo
de necesidades perdidas"*

Augusto Roa Bastos

Claudio y Andrés, abandonaron el trabajo no bien terminó su primer desfile de modelos del verano. Su primera semana y cobraron aduciendo cualquier excusa. Partieron en ómnibus a Colonia. Casi tres horas de viaje, paradas cada media hora y calor. La terminal les permitió tomar un par de cervezas y ubicarse en el mapa turístico de Colonia, allí supieron que en realidad se llamaba Colonia del Sacramento, y fue la primera en ser fundada por orden del Rey de Portugal; estratégica para el comercio por estar a orillas del Río de la Plata, hoy patrimonio de la UNESCO.

– ¡Mirá en donde estamos Andrés! y señaló el inmenso Faro que estaba enclavado orillando el Río de la Plata, pero abriendo la hoja turística buscaron la "Calle de los suspiros". La localizaron. No estaba lejos de la terminal, esperaron que calmara el sol y caminaron sin apuro. Colonia es una ciudad pequeña, estilo colonial, calles adoquinadas, viviendas con techos de tejas rojas, muchos bares. Encontraron la calle y cumpliendo las indicaciones caminaron dos cuadras, en la segunda esquina

doblaron. El hospedaje estaba allí con un cartel viejo sobresaliendo de la pared del frente. "Hospedaje Río". Entrada con piso de ladrillo y una doble puerta hasta donde estaba indicado un cartel "Administración". Atrás de un mostrador de madera deslustrada un hombre pequeño, delgado de rasgos pronunciados. Los miró y esperó que ellos hablaran.

– Buenas tardes, somos los hermanos Rivera Bernardo. Tenemos una reserva. El hombre miró un libro de registros y dijo:

– Si efectivamente tienen la reserva y esta paga por un mes. Sacó unas llaves del tablero y salió del mostrador diciendo.

– Síganme por favor. Cruzaron un patio iluminado, con una fuente al centro de agua y canteros con flores. El siguiente pasillo los llevo a la habitación 213.

– Es acá, dijo el hombre. Abrió la puerta. Dos camas, televisor y un pequeño baño. Entregó la llave y se fue. Retomaron el diálogo iniciado en la terminal. Andrés asustado y temeroso, lagrimeando. No les pidió documentación alguna. Pero protestó contra los argentinos...son pendencieros, y los dejó.

– Estoy condenado Claudio, no tengo escapatoria. Claudio lo dejó sollozar un rato. Él también estaba preocupado, pensaba que si caía Andrés ...caigo el...así de fácil. El cansancio los atrapó, se estiraron y Andrés se quedó dormido. Claudio imaginó el lugar completo, súbitamente una extraña sensación de plenitud lo invadió. Y no tardó en utilizar los instrumentos de higiene del baño. En pocos minutos estaba listo, eufórico, y salió a buscar un teléfono público. Su audacia ha de ser consumada. Ignorante

absoluto de la ciudad, en poco tiempo encontró el lugar correcto. ¡A mí me van a enseñar! ¡A mí! y ese orgullo era una señal de triunfo que lo invadía y excitaba. Habló por teléfono unos quince minutos, al comienzo nervioso, pero lentamente se fue relajando. Tomó una lapicera de la cabina y escribió una dirección. Colgó, pago y caminó despreocupado. Era temprano. Aún no despertaba Andrés. ¡Si supiera...! En pocos minutos todo arreglado. Y ríe. Se ríe del mundo y de las señales de tránsito hasta encontrar el hospedaje con soberbia y soltura. Habla en voz baja solo y sin parar, refriega sus manos y en voz alta dice ¡Ya está mi asunto arreglado tengo la dirección! Sin decir más, pensaba ¡en pocos minutos arreglé todo! Y ríe, ríe en silencio. Nada puede decirle a su amigo. Es un punto ganado para sí, por las dudas. Casi un triunfo. Y luego la espera, vendrían después seguramente los cafés, las calles, los diarios y la lectura muda de su ocurrencia, que sería sometida a su propio juicio. Buscará a Andrés y le propondrá un alimento ligero y un entusiasmo lógico de un hombre que le ha ganado a la ciudad. Silba, camina triunfante y se repite ¡A mí me van a enseñar a manejar en este lodo! ¡Nunca! ¡Nunca! Y regresó a su habitación. Andrés dormía.

LA SORPRESA

*"Con los ojos cerrados huyo,
pero me mira como un remordimiento
de intensidad punzante"*

Stéphane Mallarmé

La citación del escribano Jean Beenart del difunto Tomás; sorprendió a todos. A Laura, a Oscar fundamentalmente, a una Mabel temerosa y luego Ana. Fue a los 25 días después que incinerar el cuerpo de Tomás. Tenía fecha y hora y les comunicaba que tenía un "documento" de puño y letra para su familia y su abogado y albacea. El escribano era un ex compañero de secundaria de Tomás y su máspreciado amigo de su infancia, pero radicado en Santa Fe. El "documento" lo había escrito y registrado al día siguiente de ser externado de la clínica y lo dejaba a su resguardo en caso que su muerte fuese por un acto de violencia o accidente. Tomás tenía desde hacía un tiempo amenazas que nunca encontraba razón alguna, porque eran anónimas y telefónicas. Jean solo tenía ordenado hacerlo cuando un hecho de esa naturaleza interrumpiera su vida. Y cuando supo del asesinato, trató de ser prudente y esperar el desarrollo de los acontecimientos y sobre todo si esa muerte tenía alguna relación con las amenazas recibidas. El documento era sencillo y al ser de puño y letra y estar registrado

tenía la iautoridad de un testamento válido. Supo que fue un asalto y que no era muy clara la investigación policial. Se interiorizó, incluso acudió a la policía aduciendo ser un amigo de muchos años, pero sin mencionar el documento que le había entregado. El jefe de Policía era amigo del club hípico en donde semanalmente se encontraban, tomaban unos tragos y actualizaban los datos de caballos y carreras. Esa era la relación que tenían y cuando acudió a la central y pidió alguna información la tuvo de primer nivel. El mismo comisario le manifestó algunas dudas sobre el caso y le dijo que pondría a un investigador especial. De tal manera que con estos datos Jean se vio obligado a cumplir la promesa realizada a su amigo, y citó a cada uno de ellos al Colegio de Escribanos para el lunes siguiente a las nueve horas en que leería lo escrito y entregaría copias certificadas.

"La casona atribuida al arquitecto Alejandro Christophersen, cuya ejecución se desarrolló entre 1911 y 1913. El edificio, construido en esos años como residencia familiar, un palacete que evidencia en su planta la forma de proyectar academicista, siendo su estilo el neobarroco francés. En la fachada aparecen en la obra elementos clásicamente afrancesados como el techo en mansarda y la cornisa con modillones. Es un edificio que se concibe como una mansión liberal urbana caracterizada por una sucesión de espacios que tienen que ver con el orden ceremonial. El ingreso, flanqueado por la sala y el escritorio, se vincula a un pequeño hall de planta casi circular con una pieza ropero accesible desde allí, para luego llegar al Gran Hall, verdadero centro de la composición, de gran calidad espacial y

jerarquía que se ve acentuada por sus detalles ornamentales. Se encuentra iluminado cenitalmente con vitraux de motivos florales".

Tal era la descripción del Colegio de Escribanos de Santa Fe 2ª circunscripción, que rápidamente Oscar localizó por internet y que correspondía al domicilio que la citación establecía. Le impactó la majestuosidad de la mansión estilo neobarroco francés, con techado en mansarda donde se abren ventanas a modo de buhardillas y la cornisa con modillones destacados que adornan una volada saliente simulando ser el sostén.

– Esto no es broma dijo. Tenemos la obligación de ir y rápidamente. Se comunicó con Laura, Mabel y Ana. Nadie esperaba esta citación, es más, nadie conocía a Jean Beenart. En este último caso, el de Ana, solo dejó el mensaje grabado ya que nunca le contestó. Oscar recordaba por los noticieros de la época, que allí se habían alojado transitoriamente los generales Uriburu, Ramírez en los años 30 y Aramburu y Rojas, cuando inauguraron el monumento a la bandera.

– Mala espina pensó Oscar.

Pero ese lunes a las nueve horas estaban los citados en un despacho muy al estilo del edificio, una mesa estilo francés muy lustradas y también, cuatro sillas forradas de cuero marrón, lámparas de pies antiguas y con un gran candelabro que colgaba del techo. El tono solemne se contradecía con la intriga y temores de sus asistentes. Jean entró al despacho con un portafolio negro en su mano derecha, muy formal saludó a los citados y pidió su identificación en la medida que les daba la mano. Les

indicó que tomaran asiento, pregunto por la ausencia de Ana y luego tomó su ubicación en la cabecera del escritorio, abrió el portafolio y extrajo cinco carpetas muy prolijas, dejando cuatro a su derecha y abriendo la última a su frente.

– Es mi obligación leerles este documento y también entregarle a cada uno la copia. Luego de explicar la razón detalladamente del por qué y, ante la intervención de Oscar que él había sido designado albacea, también ante escribano, su revalidación se encontró con una sorpresa de fechas, ya que esta, que Jean leería, estaba fechada y fichada correctamente 10 días después de la certificación de que Oscar fuese albacea, pero no heredero. En todo caso la confrontación legal, sería solo que, como abogado albacea de Laura, podría seguir tal vez o no, pero sólo en los bienes de Laura y no en la distribución del resto. La sorpresa se multiplicó y el asombro le ganó a la razón porque Oscar tuvo una descompostura que postergó en una hora y media la lectura de ese testamento. Regresó a su asiento y escucharon la lectura detallada, que Jean, modulo y miró a cada uno cuando terminaba uno de los puntos desarrollados:

Después de leer los datos personales de Tomás y consideraciones personales de lo que estaba haciendo y sus razones, pasó a detallar lo que todos esperaban ansiosos: la distribución de bienes. Que finalmente quedó resumida en:

a– Dejo a mi esposa los bienes muebles que paso a detallar...y allí estaba la casa actual, tres departamentos y 100 hectáreas en la zona sur de Santa Fe. Una pensión mensual del equivalente a 5 mil dólares mensuales hasta su muerte y esta

llave de la caja de seguridad en el Banco Frances en Paris, que contiene mis documentos y reservas personales.

b– Dejo a el hermano de Laura: Daniel, radicado en Paris los cuadros de mi propiedad que están en estos momentos en Francia de Gauguin; Millet; Delacroix y Vincent van Gogh. Los cuáles serán mantenidos y expuestos y solo subastados en caso de necesidad.

c– A Mabel un departamento en Pinamar de dos dormitorios, y una pensión vitalicia de 2 mil dólares mensuales.

d– A Ana; un departamento en Recoleta de dos dormitorios, y una pensión de 1000 dólares mensuales vitalicia.

e– A el Dr. Oscar su vivienda actual que he cancelado su hipoteca, y una pensión de 2000 dólares mensuales vitalicia. Continuará como albacea en caso de la anuencia de mi esposa Laura.

d–A Jean Beenart; mi querido amigo los cuatro caballos premiados actuales del club hípico de Rosario y una pensión mensual vitalicia de 4 mil dólares

Y continuando palabras de afecto para cada uno de los herederos, el escribano los miró seriamente y confirmó que la firma de Tomás, ya había sido cotejada y reconocida al igual que las fechas. Prolijamente se levantó ante ese auditorio estupefacto e inmóvil, y les entrego en mano una carpeta con el duplicado debidamente registrado. Había dos ausentes Daniel y Ana. También entregó la carta de Daniel especificando su imposibilidad de viajar pero que aceptaba de hecho cualquiera sea la voluntad de Tomás. Agradeció la presencia nuevamente y ofreció un café o té que ninguno aceptó y se fueron levantando

en silencio compungidos y rodeados de una sorpresa inesperada. Laura no bien estuvo en su casa, llamó a Daniel en París a los fines de comunicarle lo que Tomás había dejado escrito y al no recibir contestación a su mensaje grabado decidió viajar a Francia. Llamó también a Ana; pero tampoco respondió a su mensaje. Decidió primero hablar con su hermano porque realmente ella no comprendía nada de lo que el escribano había leído y entregado en sus manos. Oscar y Mabel, sin hablarse regresaron a Buenos Aires, confundidos y pensando en los siguientes pasos ya que esto quebraba al menos para Oscar sus planes, no así para Mabel que tenía decidido con o sin herencias lo que debía hacer.

LA CITA PARIS

"Vincennes...el tempo del amor, Lago Daumesnil"

Paris

Habían pasado dos meses y el lento restablecimiento permitía recuperar algunas rutinas. Laura llegó al aeropuerto de ORLY, y desde la terminal cuatro llamó por teléfono a su hermano, el teléfono sonaba, pero las llamadas terminaban en contestador del celular. Decidió entonces llegar a Paris que estaba desde allí a unos 13 Km en taxi. Parada en la explanada de taxis. Estaba sola. Atada al reclamo, sin poder resolver aún el abandono de Tomás, recordaba su último viaje de negocios con él, quien siempre le proponía ir todos los años a la ciudad del amor, donde habían pasado su luna de miel. Todo el camino en el taxi le trajo recuerdos muy cercanos. Le extrañaba que su hermano Daniel, que siempre acudía a Orly a buscarlos, esta vez no la estuviera conduciendo al Hotel Europe Saint-Séverin, donde paraban.

Cuando Tomás estaba ocupado, ella caminaba, trotaba y tomaba café en el bar de costumbre, una terraza amplia que le permitía aspirar aire puro. Habían pasado dos meses de la tragedia. Así fue. Estaba radiante. Sus ojos brillaban. Sus dos

manos juegetean nerviosas. El reencuentro con París fue difícil. Esta vez no hubo una luna plateada que mostrar como la última vez. Tampoco una calle de sendero luminoso que cruzar. Extrañaba el roce cómplice o la explicación de Tomás cuando escuchaba una inspiración ansiosa, como una formalidad rutinaria de esos encuentros hasta el hotel. Recordaba cada paso, cada momento vivido. Todo. Hasta los detalles cuando dejaban deshojar la ropa como copos de nieve. Toda su desnudez. El beso y el abrazo. Todos con la luz de vela que los envolvía hasta el éxtasis. Ella inmóvil soñando con él en vigilia y esa luz que daba vida a las sombras en las paredes blancas, haciendo latir el revoque del yeso, testigo de esta tenue luz sobre un espejo que apenas señalaba la presencia de dos cuerpos que llegaban en esos tiempos al progresivo descanso, solo alertado por una pequeña luz nacida con el otro día. Laura despierta de un hermoso y plácido primer sueño en París. Era el día esperado para visitar sus museos: el primero el de Louvre, el antiguo palacio real convertido en museo de bellas artes, arqueología y artes decorativas anteriores a 1884, ya que las obras del siglo XIX avanzado, desde el realismo de Courbet, hasta el impresionismo y Toulouse-Lautrec, fueron transferidas al Museo de Orsay, y todo lo del arte moderno y contemporáneo se exhibía en el Centro Pompidou. El Louvre le llevaría todo el día. Sentarse al frente de la Gioconda de Leonardo da Vinci, la perfección de la mirada y la sonrisa, la intensidad de todo ese majestuoso ejemplar del arte; las pinturas de Durero la majestuosidad de la consagración de Napoleón de Jacques Louis David, impactante detallista de ambiente y figuras, La balsa de

la Medusa de Gericault; una obra maestra del dolor, la luz, los cuerpos, la balsa y la tempestad; la gran Odalisca de Ingres, belleza de mujer desnuda de espalda y su rostro sorprendido al llamarla. Laura tenía toda la tarde disponible y se quedaba contemplando sus pinturas preferidas. Su hermano Daniel, prometía visitarla al anochecer y salir a cenar. No tenía demasiada hambre ni prisa por almorzar lo típico Frances: ensalada mixta, un plato de sopa y uno de pescado con patatas junto a un plato de queso y el café para continuar su ronda por los pasillos del Museo hasta el cierre. Pero ya a las veinte horas regresó al hotel a darse un baño y esperar la llamada de Daniel. Él tenía un microemprendimiento de artesanía y no se quejaba, había llegado hacía tres años sin nada y luego de trabajos alternos, pudo montar el pequeño local que le daba para mantenerse. Seguía soltero y sin compromisos al menos hasta ese momento. No lo veía desde hacía un año en su visita con Tomás. Seguía siendo un hippie de los 60, con el gusto a la música, la naturaleza, era unos años mayor que Laura y su única familia.

DANIEL Y LAURA

EL ARTE

*"Vincent Van Gogh después de cortarse su oreja
y dársela a Gauguin
como prenda de paz con oreja tapada"*
Autorretrato

Daniel y Laura se encontraron en café des Deux Moulins, uno de los más famosos y elegantes o clásicos de París en la mañana siguiente. El encuentro fue cálido, y respetuoso porque ambos estaban distanciados por diferencias personales e ideológicas. Si bien Daniel mantenía una relación formal con Laura, no lo era así con Tomás, a quién le había encargado un trabajo especial. Daniel era un estudiante de bellas artes en París en la École Nationale Supérieure des Beaux-Arts; ENSBA), también conocida como Beaux Arts. de París, y como Tomás era fanático de la música no podía escapar de la pintura. El trato con él fue que financiaba su estudio en París, con la condición que fuera él quién estuviera encargado de buscar pinturas y dibujos de pintores que le interesaban sobremanera. Estos pintores del 1800 en adelante, habían consagrado su vida a la pintura, al dibujo y así como realizaban pinturas del romanticismo francés y del impresionismo, también dibujaban y copiaban a modo de aprendizaje de técnicas de

pinturas del siglo XVIII, no eran muchos los encargos porque se limitaban a: Eugène Delacroix; Jean François Millet; Paul Gauguin y Vincent van Gogh.

– Mira Daniel; solo debes enfrascarte en estos pintores que a mí me interesan desde el punto de vista del arte como de la inversión. Son pintores que con cientos de obras fueron dejando en su camino ya sea en sus lugares de origen, como en sus trayectos hacia y desde París. Debes localizar dibujos en familiares o amistades, así como en los lugares en donde exponían y comprarlos. Los tendrás en un lugar adecuado para que se conserven y podrás exponerlos a tu voluntad cuando creas conveniente y solo venderlos bajo mi anuencia y en la oportunidad que yo determine. Son mis inversiones, no juego a la bolsa ni a la moneda extranjera, voy en busca del arte ya sea en la música como en la pintura. Y le dejó escrito sus objetivos:

Del pintor Theodore Gericault, trata de buscar borradores de la pintura de La Balsa de la medusa, aquel bergantín que naufraga y sobrevive entre canibalismo, dolor y suicidio conducida por aquella figura mitológica griega de La Medusa, mujer condenada a vivir como monstruo por la diosa Atenea después que Poseidón la violara en uno de sus templos.

De Delacroix: borradores de la Muerte de Sardanápalo como muestra de que sus pinturas buscaban mostrar escenas de acción como en este caso el último Rey de Asiria que, derrotado en las conquistas de Samaria, región montañosa de Palestina, prefiere hacer una pira con sus bienes y amantes y él mismo prende fuego y se consume en cenizas

De Jean François Millet; pintor campesino de Normandía en sus innumerables dibujos y pinturas sobre la vida y trabajo de Campesinos sobre todo busca borradores de Las Espigadoras y de La Pastora con su Rebaño.

De Paul Gauguin que junto con Van Gogh trabajó un tiempo en el taller de Vincent, en Arlés y después en Tahití borradores de Mujeres en la playa y mujeres Tahitianas con flores de Mango.

De Vincent Van Gogh sus borradores de más de ciento ochenta dibujos y pinturas en Arlés y cuando es internado en hospital psiquiátrico de Saint Remy de Provence. Me interesan los borradores de sus autorretratos, La siesta y Los Comedores de Patatas. Tiene decenas de dibujos y pinturas (borradores) de girasoles y lirios. Vida corta y tormentosa por eso debes buscarlos en sus vecinos, familiares y lugares del pueblo. Vida tormentosa y corta ya que se suicida a los 36 años.

– Así será Tomás, contestó Daniel seguro que en esta oportunidad no solo podría terminar su carrera sino también investigar a estos pintores famosos por el estudiados.

Daniel ya tenía conocimiento del asesinato de Tomás y lo que había sufrido Laura en ese dantesco espectáculo. Laura entregó a Daniel las actas del escribano y asombrado, Daniel vio que era heredero de los innumerables trabajos obtenidos en sus investigaciones de estos pintores que durante varios años dedicó parte de su tiempo. No salía del sombro.

– ¡¡Pero Laura son millones de pesos los que puedo obtener!!, exclamó.

– Fue su voluntad Daniel y habrá que respetarla, lo único que debes evitar son sus ventas en masa y sólo para que puedas llevar una buena vida y dedicarte a la pintura.

Hablaron de muchas cosas. Problemas que tuvieron, situaciones de debilidad y insensatez de sus etapas familiares y lograron finalmente establecer un equilibrio y diálogo que finalmente terminó en un abrazo y despedida. El a la escuela de Bellas Artes y Laura daba por finalizado su estadía en París.

ANA

*"Muy a menudo nos creamos un enemigo
para ocultar que somos vulnerables"*

Friedrich Nietzsche

Unas semanas después de aquella última salida nocturna con Mabel, mucho antes del anuncio sorprendente del escribano donde ella asistió, temerosa y salió sorprendida, Ana ya estaba decidida tomar otro camino distinto al de su amiga y pariente. No al vacío ni a la nada, como Mabel que deliraba esa noche en alcohol y locura, ni tampoco a lo desconocido sino, a lo que faltaba aún por conocer. Su pasado de violencia familiar quedaría olvidado, como aquel dicho de Saramago: "cada una de ellas, era la ausencia de la otra". Tendría tal vez, un curioso espacio de progreso. Notificada de su "herencia" dejada por Tomás decidió esperar a que todos esos trámites administrativos y judiciales se concretaran para recibirlo. Se fue a Rosario buscando desvincularse de todo lo que hasta ese día le era común con Mabel y su medio familiar. Encontró como imaginaba, una moderna y gran ciudad en la orilla del Río Paraná y un gran puerto de grandes movimientos cerealeros. También la cuna de la bandera argentina con su gigantesca plaza y una buena ciudad con infraestructura preparada para el turismo.

Rosario en su historia fue parte del Camino Real, que comunicaba Bs As con Perú con un fuerte movimiento cultural, pero décadas después un escenario de grupos armados ligados a las bandas de droga de los Monos, de los cuales ella debería tomar distancia. El mundo en realidad estaba inmerso en la droga, no solo Rosario. La DEA tenía su agencia allí y curiosamente el gran despliegue de esta organización norteamericana de lucha contra la droga, era el país de mayor consumo de todo tipo de drogas en el siglo XIX y XX. También en estas últimas décadas hubo mucha inmigración interna y del exterior y Ana no fue ajena a esto, ya que con ese dato pudo pensar y conseguir trabajo. Por otro lado, a pocas cuadras de la Ciudad Nacional Universitaria podría continuar los estudios. Asentada ya y consolidada en ese nuevo lugar por elección propia, abandonó resentimientos. Se comunicó días después por teléfono con Mabel con mucho cuidado de no revelar su nuevo sitio, con palabras de agradecimiento y reconocimiento a una amistad de largos años. Supo entonces de otras situaciones vividas en los últimos meses de Mabel. Ella lo contó detalladamente evitando por supuesto hacer referencia a su complicidad en el triste "accidental" asesinato de Tomás, a quién Ana conocía y respetaba. Tiempo más tarde supo que esa bala, que atravesó el cuerpo de Tomás, también a ella, manchó su alma. Con ese criterio consoló a su amiga prometiendo visitarla aun sabiendo que la relación con Oscar estaba cada vez más deteriorada. No hablaron ni comentaron de las herencias repartidas, ya que ambas, aun tenían el impacto del ¿por qué?

– Aún no, dijo Mabel. Tenemos que resolver algunos problemas previos a cualquier cambio.

– ¿Económicos?, preguntó Ana.

– Nada de eso, al contrario, estamos en mejor situación, pero tenemos otros problemas. Hasta allí quedó la información que Ana pudo obtener, sin embargo, quedó preocupada al notar en la voz de Mabel una alteración evidente que mostraba que algo estaba mal y fuera de control. Uno aprende a escuchar entre líneas el estado de ánimo del otro. Pero nadie asegura, que lo dicho sea realmente la verdad. Ana cederá su preocupación a las delicias de una noche estrellada, con goce entusiasta del movimiento de su frágil cuerpo, caminando en la costanera, notando en la frescura de la brisa el atrevimiento fastuoso de su juventud, surgiendo como ejemplo triunfador por elección de ese lugar nuevo para vivir entre aventura, maestría, y expresión, como lo más prudente de su soberana determinación.

Esa noche de estrellas, rescatada su alegría en la palabra, vocalizó como nunca lo hizo en su vida, una canción. Su voz estalló de gozo. La noche la obligó a regresar. Tendría noticias de Mabel cuando ella quisiera hablar. Todo era posible para Ana. En sus tareas habituales, clientes y compañeros de su nuevo trabajo la admiraban. Regocijaba el espíritu de ávidos y ansiosos compañeros, paralizados ante esa joven mujer iluminada. Como si fuese una ilusión hecha leyenda. Ana mantenía esa luz tierna en un rostro indescifrable y huidizo de rasgos pasionales. Toda la costanera se cubrió de un amanecer

sigiloso, donde luna y el sol, fueron abolidos, y el tiempo se fugó, en el mismo instante que sus manos crispadas cerraron el puño con fuerza, y su cuerpo vibró entusiasmado por esa brisa del Rio Paraná con una exclamación audible distinta al grito silencioso de Rudel, cuando Melisenda se posó por última vez, para despedir el entusiasmo nacido en el infinito. Fue sólo entonces, cuando supo, que la sed de su piel estaba saciada. Pensaba si pudiese que querría ser un ave gigante para volar sobre alturas luminosas y descubrir el misterio de la luz que impedía el llanto.

DOCUMENTOS

*"Le pondremos cadenas al peligro
que se mueve con libertad"*

William Shakespeare

Ya en Colonia, Claudio y Andrés con sus alegrías legítimas entraron al burdel del bajo que le señalaron, cuyas ventanas daban a las acequias, donde se veían mujeres en inéditas poses para conquistar clientes. Allí dejaron pasar la noche hasta las seis de la mañana que regresaron alcoholizados. Despertaron trastornados. Los brebajes de la noche los llevaron a una sensación infernal, donde el alcohol festejó el intenso pánico del engaño. Todas esas pesadillas de esa noche buscaron sombras. Colonia era una ciudad al frente a Buenos Aires y sólo separada por el Río de la Plata, los habitantes en ambas ciudades saben o intuyen que pobres o ricos, serán los futuros prisioneros del cemento, sometidos a un ensayo extraño del sucio reconocimiento a la desigualdad. A ellos les repugna la obediencia del siervo. Les provoca hastío, como a toda alma dañada. Cansados, acudieron al club, más por instinto que certeza, excitados por una profunda envidia ante toda novedad de futuro libre de afrentas. Fueron al club nocturno The Bunker,

que les habían dicho funcionaba las veinticuatro horas. No les gustó, no había lo que ellos buscaban, porque Claudio y Adrián habían decidido no esperar sentados a Oscar. Salieron y fueron a otro club. Ingresaron sin inscribirse al club Rejal donde robaron en el tumulto, dos billeteras de jóvenes parecidos a ellos. En realidad, no buscaban dinero, sino documentos de identidad de jóvenes uruguayos. Logrado esto regresaron al hospedaje. Las fotos de los documentos robados con sus rostros, eran bastantes parecidos. Tenían que modificar peinado y vestimenta. Hecho esto probaron el cambio y quedaron conformes. Al día siguiente tomaron el buque bus con sus falsos nombres y documentos fraguados, previo a esto cerraron en forma transitoria su permanencia en el hospedaje, aduciendo problemas familiares, y cancelaron los pasajes en avión a Perú que les había conseguido Oscar y pidieron la devolución del dinero. Ya en Bs As viajaron a Mar Del Plata donde alquilaron un mono ambiente a dos cuerdas de la playa por diez días. Durante tres días no se hicieron ver en los pocos lugares públicos que transitaron. Evitaban dejar huellas de su estadía en restaurantes, cajero de bancos o alguna compra de ropa liviana. No debían dejar señales y así lo hicieron. Seguros de su anonimato. Después de recorrer los diarios sobre noticias policiales encontraron que no había nada nuevo del crimen de Tomás. Finalizado los diez días regresaron a CABA y contactaron con Oscar por teléfono público. Hay sentimientos que profundizan un estado de confusión. Oscar pertenecía a este grupo y tenía la impresión que algo le impedía visibilizar su propia cobardía, pero aún sobrio, como todo bandido, se jactaba

de su perversa y feroz actitud. La llamada de Claudio, lo descolocó. No se lo esperaba, estaba furioso por el contacto y el regreso. Les anticipó que ya estarían semi identificados ambos y que a corto plazo darían orden de detención. Adrián estaba absolutamente reconocido y Claudio, aun no sospechado, porque no pudieron encontrar cámaras que lo certificara. La salida por esa calle había sido identificada porque a dos casas de Oscar había una vacía desde hacía tres meses y luego robada, de manera que presumieron que ese era el lugar en donde estaba o estaban los asaltantes y sospechaban que desde allí salieron, lo que alejaba toda relación con él. Aun así, demostrando una falsa preocupación por ellos, Oscar pidió encontrarse en plaza del Congreso a las diez y seis horas y prometió que les buscaría un lugar en donde estar hasta ver cómo podía sacarlos del país. Tanto Claudio como Andrés sabían que la incertidumbre era una imagen que brota sola, como una figura vacilante que con el tiempo podría complicarlos. Cuando le dijeron que el pasaje a Perú lo habían cancelado, Oscar estalló nuevamente de furia, pero rápidamente se le ocurrieron otras alternativas que por supuesto no comentó. Quedaron a esa hora y en ese lugar. Solo pidió que no lo llamaran más hasta que se encontraran y que les compraría celular de carga con tarjeta para comunicarse en forma directa y exclusiva. Eran las diez de la mañana, Oscar tendría que replantearse muchas cosas hasta las dieciocho horas y buscar los dos teléfonos.

ADRIÁN

"Calma en tu senil carne mis estremecimientos"

Stéphane Mallarme

Adrián no esperó. Abandonó a Claudio en plena siesta. Estaba aturdido, temeroso por la posibilidad de ser atrapado no bien saliera la orden de su detención. Recurrió a un lugar donde hacía años había abandonado. En un barrio humilde y periférico. Años sin ver a su abuela, una mujer que en ese entonces tenía vitalidad y fuerza para criarlo ya que fue abandonado con dos meses de edad en un basural de la zona sur y ella, en su trabajo de cartonera lo había encontrado. Ya era grande. El rostro afilado, sembrado de surcos, marcaban sus años. Sus ojos claros, la mirada opaca, irradiaban un pedido de auxilio. Adrián la saluda. Casi no recuerda su verdadero nombre. Sólo como le decían en el barrio: Yaya. Ella tampoco lo dice. Lo esconde o lo ha perdido. Podría llamarse abuela de la calle. Sus delgadas manos se apoyan en sus rodillas, se abren hacia arriba, como esperando una lluvia. No se sabe si pide ternura, una moneda o una caricia. Ella no sabría decir cuál podría alimentarla más. Nadie lo sabe.

– ¡Abuela, buen día!!, y no sólo deja una moneda en su palma, sino que la acaricia suavemente.

– "Tenemos un secreto en las manos. Los dos lo sabemos", le dijo ella con voz cansada. Adrián asintió con su cabeza.

– Has regresado Adrián. Y levantó su carita para mirar al muchacho ya crecido que ella reconocía sin la menor duda.

– ¡Buen día abuela Yaya! repite Adrián cerca de su oído casi sordo. Ella se despabila sorprendida. No es la moneda la que le pone alerta, es esa voz, su nombre. Levanta su cabeza buscando entre ese mar sombrío que la ignora. Al descubrirlo, le mira y sonríe gustosa. Se alegra. Él también se alegra. La abuela tiene hambre, Adrián le da algo de comida que trajo como obsequio. Ella lo recibe gustosa. Comenta que está sola.

– Mi hijo me busca en las tardes. Adrián nunca vio a su hijo que había fallecido hacía doce años. Adrián que sabía de ese lugar en la calle, la buscó, porque en ese lugar, al atardecer, solo quedaba el pequeño banquito de madera que nadie levantaba, porque tampoco lo veían ¡Que ciego está el mundo! pensaba; ciego y frío. En ese banquito ella es la abuela de la calle, acude todas las mañanas anónimamente, mendigando. Con ojitos velados, semblante triste, busca la ternura de una palabra o una caricia o un saludo.

El día comenzó sin nubes. La llevó a su humilde casita de lata dejando el banquito en un rincón de la vereda abandonado.

– Es nuestro secreto insiste ella "nuestro secreto".

– ¡Qué ciego está el mundo! "Ciego y frío" repite para sí Adrián.

– ¿Que necesitas Adrián? Hace más de diez años que te fuiste, le dice con voz cálida y serena, sin reproche.

– Si abuela, solo necesito estar unos días con usted, estoy en problemas.

– ¡Tú...niño...! ¡Vaya...estas en problemas! si hasta recuerdo que fuiste el primer espejo de la inocencia, cuando te encontré.

– ¡Qué has hecho que te trajo de nuevo a la miseria y a tu cuna!, le preguntó esta vez ya en su casita mirando a los ojos de Adrián que no sabía qué decir en realidad, si confesarle su pena o mentir. Decidió hablar.

– En un lamentable accidente. Asesiné un hombre abuela y me busca la policía. Vine, porque nadie sabe de tu existencia y necesito un refugio provisorio por unos días o tal vez una o dos semanas. Mirá, tengo unos pesos para que podamos alimentarnos y que no salgas a mendigar. Lo dijo con orgullo, como si ese pago fuese lo más necesario para que ella aceptara y lo cobijara.

– Déjame pensar...Mataste un hombre. Te buscan. Necesitas esconderte. ¿Y acudes a esta vieja inútil, que sólo tiene chapas de latones como casa y hambre como norma? ¿Droga acaso Adrián? Mientras le hablaba cortaba una rebanada de fiambre. Algo debía darle de comer a este chico. Buscó los platos de lata para colocar cuatro o cinco rebanadas de mortadela.

– No abuela, un accidente, me asusté, fui un idiota, recalcó Adrián, que prefirió decir la verdad, porque la calle donde ella habitaba, siempre tenía la información correcta de sus

habitantes. Los secretos de cada uno de ellos se convierten en secretos de todos. Le contó sobre Oscar, sus antecedentes y como resultó todo mal con ese encargo.

– Es un mal hombre y hay que desconfiar de él, susurró la abuela. Apenas había anochecido cuando ya no cabían dudas de las sombras. La obstinación de la luz, fue vencida por la noche. Todo aquello que fue tristeza, ahora era llovizna tenue, mansa y perseverante.

– Puedes quedarte Adrián, solo Dios sabe que será de tu vida, y se durmió sentada, como si fuese un muñeco.

CLAUDIO

"El ejercicio de la dominación material, aparece inevitablemente para el mismo que la práctica, una esclavitud más o menos acentuada"

Herbert Spencer

Su padre trabajaba en el Ingenio Ledezma, en Jujuy, cuando días después del conocido como la Noche del Apagón en plena dictadura militar de 1976, hubo en la localidad en donde vivían, Libertador Gral. San Martín, los secuestros y persecuciones y desaparición de trabajadores con la terrible violación de los derechos humanos desde el mismo día del Golpe militar en julio del 76 por grupos de tareas, que en vehículos del Ingenio (propiedad de Blaquier) secuestraban y desaparecían trabajadores en la oscuridad. Su padre, militante gremial de ingenio pudo salir esa noche con su esposa e hijo entre las sombras de la noche. Las balas y los enfrentamientos estaban en su clímax y una bala alcanzó a su madre en la espalda matándola casi al instante. Ese 20 de julio su padre reconoció la camioneta del Ingenio, manejada por un militar apenas visualizado en uno de los chispazos de luz, que permitió ver la escena de escape, ametralladoras, zumbidos de balas, incendio y gritos de hombres y mujeres que nunca podrá olvidar. Recuerda bien los gritos de "asesinos", referidos al dueño del Ingenio,

Carlos Pedro Blaquier, dueño del ingenio Ledesma, y Alberto Lemos, el administrador. Sobrevivientes de esa tragedia del Ingenio Ledezma, sus padres y él llegaron a los suburbios de Rosario primero, y se refugiaron en unas latas abandonadas muy cercanos al río Paraná. Llegaron sin nada para tener nada, la voracidad de su indigencia, los acercaba más a un patíbulo, que, a la inanición, como destino de un amuleto vacío. Esa lejanía de su provincia, tenía la picardía de tener al menos una dulzura del pasado de infancia corta, en ese paraíso de miserables, que esperan vanas indulgencias. Cuando consciente activó su memoria, reconoció que su feroz historia ensuciaba su experiencia. Claudio heredó todas esas inequidades, exhibidas en sus ropas de carencia. Mirando a su padre acabado y enfermo, pensaba que cuando el hombre se vuelve pasado, la temporalidad duerme, y deja al tiempo compitiendo solo, permaneciendo en secretos, entre cientos de lunas, en espera de otras imágenes. Su padre murió en una gresca de calle, y él terminó en un hogar sin paredes ni futuro. Un orfanato. Su amistad con Andrés los llevó a programar una huida, y luego, la calle los hizo hombres. Allí vivieron en similares condiciones de indigencia. Pero todo eso era pasado, ahora tenía un grave problema a resolver.

LA CITA

La bastó un solo día, para saber que Andrés no regresaría, tampoco él concurrió a la cita de Oscar, porque no podía afrontar solo cualquier plan u orden que naciera de Oscar para con ellos. Se mezcló en la multitud de los indigentes, cuya rutina conocía desde adolescente y sabía cuáles eran las posibilidades de sobrevivir y con quiénes podría tener confianza. Eso sí. El código de esta enorme multitud de gente era uno solo "nadie es soplón de la Yuta". Al menos allí, podría sentirse seguro y hasta protegido, pero ignoraba el destino de Andrés.

El asesinato lo había convertido nuevamente en un vagabundo sin destino. Deambulaba sin pausa, y todo envejecía a su alrededor. Sólo algunas evocaciones trepaban sobre su cuerpo como si fuesen hiedras, sobrepasando todos los rincones de la memoria ¿Será que ha perdido la visión del horizonte, y es un esclavo de su gran error? Algo así de vaporoso, es acaso el capricho que colgaba de su cuello, tal como una vieja medalla de su padre, como si en ese metal, buscara su alimento y la astucia. Por primera vez, se sentía abandonado, desorientado y

vulnerable. Todo ese trayecto de su vida última desde aquella desgracia con ese anciano muerto, había dado vuelta su existencia y futuro. Ya nada sería igual. Era nuevamente un fugitivo por "presunción" no por detección. Al menos eso lo hacía casi invisible en la búsqueda por la policía, hasta que Andrés cayera en manos de la justicia y traicionara el pacto de silencio.

Su progreso de ahora en más se desprendería de su rutina. Pertenecía a una juventud con una libertad domada, que vacilaba a veces. ¿Cuántas pandillas se mofarían de él?

Ese personaje venerable del antes, hoy estaba abatido entre las sombras del callejón. Tenía la plena convicción que poseía el talento suficiente para escapar de esa multitud, que ya no daba señales de seriedad. Pero era notable su repugnancia, a la hora de pedir indulgencias. Le atormentaba esa confusión, que oscurecía su dignidad. Pero aun así, sentía que tenía mérito suficiente, para sobrevivir y también para mantener sus convicciones.

Seguramente habría muchos, regocijándose de sus futuras mentiras. Pero también sentía en el fondo, un sufrimiento indecible, que luchaba para no abrir las compuertas a la verdad, esa verdad que hoy lo condenaba. Consciente entonces de su conducta, se convirtió en un ser desconfiado y errante. Su imaginación descansó en el umbral del ocio, como si fuese el refugio buscado reservado a la dicha de imponderables dogmas. Una aflicción invadía su raquítica libertad. La complicidad de un robo y luego asesinato. Tenía que encontrar a Andrés ese, sería su urgente objetivo, sin él, todo era confuso y oscuro.

Seguramente el dato preciso para encontrarlo estaría en el orfanato o en las calles, donde transcurrieron ambos una pequeña parte de sus vidas hasta que escaparon siendo adolescentes para luego enfrentar una vida de carencias con algunos momentos de alegría, según lo que pudieran robar en las calles donde la opulencia se burlaba de sus desgracias.

Presuroso, como un animal despierto en permanente alerta, su espíritu huyó por ese sinuoso sendero sembrado de espinas al cual había alguna vez prometido nunca más regresar. Su ímpetu despreciaba esos espacios donde reposaban sus vivencias pasadas. Por eso, sólo por eso, renunció al rigor, a la sencillez, como una lección a su propio abandono. Su futuro ahora vivía compitiendo en calles de ocultas imágenes, implorando a veces el cese de calamidades. La ausencia de esperanza, le revelaba un mundo frío, iracundo, distante y desesperado. En ese momento recordó cuando corrían con Adrián por las calles de los basurales.

– ¿Adivina quién defiende la ignorancia?, le preguntaba en sorna a Adrián cuando quería pelearlo y ofenderlo.

– Al inepto...o sea vos... ¡sí Adrián!... eres aquel que se pavonea saboreando ignorancias y desataba su risa. Andrés se enojaba de la burla, pero ese, era su perfil. Entonces aquel revoltoso de Claudio comenzó habitar las tabernas como refugio de su aflicción, donde el rebelde busca sobrevivir como el mejor homenaje al sacrificio inmaduro que diera sentido a su desgracia. Fue en esos lugares justamente donde encontró la historia anterior de Andrés hablando con otros borrachos. Su abuela.

Aquella abuela que habitaba en unas calles sombrías de la mendicidad. ¡Cómo olvidar ese detalle! Y fue a buscarlo.

LA MUERTE DE ADRIÁN

Era una visión de costado ¡Sí...no tenía otra! Andrés se estaba desangrando ¡horizontal, sobre las baldosas manchadas con sangre y mugre! Ya lo habían golpeado antes de darle el tiro de gracia. Estaba en la casita de chapas de su abuela mendiga. Allí vivía las veinticuatro horas del día, por esos meses. Sus ojos entreabiertos aún dejaban ver por el borde de su nariz, dos piernas de vaquero viejo, con manchas de sangre en ángulo recto a unos dos metros de sus propias heridas de bala. Decenas de huecos desprolijos y escabrosos de su cuerpo no dejaban de verter sangre. En ese ángulo, la intermitencia de la luz blanca señalaba que la cortina está viva, que todos los días lo despertaba esa luz intermitente al moverse. Su vida era un tormento y esa luz vivía con esa cortina sucia. Mientras Andrés agonizaba, porque esa madrugada, estupefacto, Andrés miró por ese recoveco rutinario entre dos latones. Había un huésped nuevo: con su mano derecha empuñando una pistola 45 humeante. De rostro inexpresivo, húmedo, con la mirada de hielo, y un rictus en su boca.

– No me costó tanto tiempo encontrarte basura, mejor te despidas de tu perra vida, ya no sirve a nadie, es más, es pura molestia.

El ambiente de perfume viciado por el hacinamiento fue invadido, por un nuevo destello y humo de carne quemada. Un huracán desconcertante invadió ese cuerpo estremecido, aturdiendo su inocencia, sus ropas húmedas de sangre, barro y orina. Sus esfínteres ya no respondían a su voluntad. Un grito de dolor, invadió su alma y su cuerpo. Andrés supo que el mundo se agotaba para él y ese cuerpo delgado, mal nutrido de los últimos meses, comenzaba a olvidarse de la vida con una lentitud placentera y una visión que de estar nítida se iba borrando en sus bordes y confundiendo imágenes y formas. Es curiosa la muerte del indigente, no tiene un solo recuerdo de vida feliz. Todo está en una penumbra que crece, pero que tampoco lastima. Miraba su propia sangre y pensaba que era ella la que se alejaba tal vez buscando un nuevo destino y en silabas entrecortadas. Su abuela había lo abandonado en la madrugada, como era su costumbre, la casilla en busca de su lugar en la vereda, donde la sillita de mimbre la esperaba para iniciar una nueva jornada. Pero algún vecino de su casilla que vio el asesinato, llamó anónimamente a la policía, fue entonces que la policía fue a buscar a la abuela. Su rutina terminó cerca del mediodía cuando un patrullero, la llevó sin grandes explicaciones a reconocer un cadáver. Lo hizo sin grandes conmociones ni llanto. Sólo dijo unas palabras y pidió que la regresaran a su silla de a vereda.

– Ese cuerpo es Adrián. Una especie de nieto, que rejunte de la basura un día del mes de julio cuyo año no recuerdo, pero sí recuerdo el frío, y lo llevé a mi casa pensando que algún día me ayudaría a vivir. Pero ya ve, dijo mirando al forense con indiferencia, así me paga.

– De que valió mi sacrificio si solo despido un muerto. Era sin duda, esa inconsolable realidad, la que la alejaba del todo. Vivió con el esfuerzo de su fantasía en un territorio imaginario de contornos invisibles: "la miseria". El beneficio de su ignorancia, es quien cerraba su boca con el paño involuntario de la mudez. La miseria no denuncia. Regresó a su calle, su vereda, su silla, y a su eterna y definitiva soledad. A los dos días, a pocos metros de la abuela, el diario del día ya tenía una foto de Andrés en la portada con letras grandes a su lado derecho: "Delincuente asesino, abatido por la policía en un fuerte tiroteo..." y relataba el asalto, el asesinato del empresario y una imagen difusa pero coincidente, cuando Andrés escapa con revólver en mano. Loas al equipo de investigación sin una sola mención a su abuela, haciendo hincapié en el abnegado esfuerzo policial. Caso cerrado. Terminaba la nota con una caricatura de candado. La maldición y un dibujo perfecto que resumía el fin de una tragedia para ser vendida a los medios y calmar a la sociedad. La abuela nada dijo de la falsedad de la noticia. Total: ¿quién la escucharía? Su vida era sólo una rutina necesaria para sobrevivir. No pretendía más que eso. Pero estaba dolida, con ese dolor que se esconde muy adentro de sí mismo. El dolor que invade ese cuerpo pequeño, pero aún sólido. Su apariencia demostraba más fragilidad de lo que realmente era.

La mirada era distinta cuando fijaba la vista, una extraña firmeza de sus pupilas que se dilatan sin un solo parpadeo, quedando incrustadas con una frialdad inhumana en el objeto instalado a su frente. Sabía que era el beneficio de su ignorancia quién cerraba su boca con el paño involuntario de la mudez y detestaba pensar que su ternura, lograra en ella, la justificación del perdón. Ante esa crueldad vivida por años, favorecía su sensación de venganza al responsable que actuó sobre la víctima querida. El temblor del humilde abandonado, contiene siempre una infinidad de ásperos extravíos, impactados en la cicatriz de su perfil de vida y de carencia, cuya única grandeza de vacío reposa en silencio sobre sus hombros.

MABEL REFLEXIONA

*"A qué lugar puedo ir peor que aquel en el que estuve
como si fuese una celda"*

Vincent Van Gogh

Mabel se enteró por el diario, el asesinato de Andrés, por un lado, la noticia la reconfortó en el sentido que alejaba el peligro de relacionarla con estos chicos contratados por Oscar que asesinaron a Tomás. Pero le llamó la atención que en ningún renglón se mencionara a Claudio, que según entendía ella, estaban escondidos juntos. Oscar había llegado en la mañana. Sería como las once horas, pasó al baño, se dio una ducha, se vistió y sin decirle una palabra se fue. La vida de ellos había cambiado en forma total desde aquellas peleas con violencia y alcohol, luego pasaron a la indiferencia y aislamiento. Si bien ella estaba bajo tratamiento por el alcohol, no lo había abandonado del todo ocultando botellas y disfrazando su aliento. Tomaba medicación que la sedaba y la concentraba en una indiferencia contagiosa. Pero nunca dejó de pensar en la pesada carga de su complicidad. En todo este tiempo sus pensamientos tenían un sentido distinto, transitando entre la culpabilidad y la incertidumbre, pero fundamentalmente, en revaluar su propia vida. Había logrado que su trabajo fuera más flexible en los

horarios, con compañeras una relación mejor ya acostumbradas a sus cambios de humor.

En la soledad de las noches en su habitación, – separada de Oscar– se quedaba pensando y reflexionando. Estaba segura que la amistad con Ana era una exquisita usina de recuerdos sin reclamos ni mezquindades todos compartidos en extensos sueños... Intuía que el paraíso, era es un rumor del espíritu, cuya estampa reposaba en luces de estrellas con el atuendo humilde de un astuto enigma. Ratificó que la pasión se humedece con el rocío y la voracidad de todos los juegos posibles que hacen en la seducción eran sólo una imagen. Confirmaba que la vida, era un extenso espiral edificado con lágrimas y risas, de hermosas canciones y poesías, y que la vanidad, una obsesión enfermiza, cuya daga invadía la penumbra. Comprobó que la pobreza era un sombrío abismo que dominaba y condenaba al hombre a la degradación y a la demencia. En definitiva, advirtió que su vida, estaba destrozada y que tenía que tomar en forma decisiva una actitud que la desligara de ese pasado. Todas estas reflexiones se producían en la oscuridad de su habitación donde reinaba el insomnio. Estaba decidida a dejar a Oscar. Preparaba meticulosamente su valija cuando éste no estaba en la casa y con discreción fue ahorrando los pesos de su primera "herencia". Era de ella sola y la depositaría en efectivo como propietaria ante el Banco, algo que por suerte no se había modificado a pesar que muchas veces Oscar quería compartir. Faltaba decidir fecha y hora. Soñaba con un escape sin regreso. Una despedida sin palabras. Un recuerdo perpetuo y austero renunciando al goce prometido a su inocencia. Desafiando el poder, renunció

a los deleites perversos y prohibidos de Oscar, que decidió, arder su alma en el infierno, llegando así a una despedida no pactada, con una suave lejanía del lugar, hasta que esa realidad dejara su mensaje, y esas dos almas separaran sus caminos. Pero hubo una advertencia. Una sentencia imprevista de certeza, que obnubiló a esta guerrera, una sola palabra que desencajó una angustia extraña mezclada con dolor y miedo: la voz en el teléfono de Claudio, reclamando por la muerte de Adrián.

– Tu marido asesinó a Adrián, estoy casi seguro fue él quien lo buscó, lo encontró, lo torturó y fríamente descargo su arma en el cuerpo. Esta vez se va arrepentir de lo que hizo. Ahora seré yo quien ponga las condiciones al silencio. Decile que espere mi llamada, solo eso, y vos no tienes que preocuparte...estas afuera. La voz sonaba serena pero rígida. Seca, amenazante en su final y el clic del corte impidió pedir explicación alguna. Mabel estaba paralizada, impactada por la sospecha sobre Oscar y no la policía quién había asesinado a ese chico. Tal vez, si fuese así pensó, que ese llamado le permitiría olvidar esa condena que eliminó todas sus ilusiones.

Dejó que una imagen tierna acariciara el pasado, y la cubrió de olvido, para que, de allí en más ella, con una vigorizada piel, expulsara para siempre a aquella mujer coronada de espinas que deambulaba sin sonrisas, bajo un cielo eternamente gris.

LA CASILLA

*"No hay nada como un sueño
para crear un futuro"*

Víctor Hugo

Años antes, Claudio y Andrés construyeron con paredes de adobe, algunos ladrillos y pocos latones, una casilla hecha por necesidad, en una toma de tierras. Sí, y construyeron cercas, tabiques, vallas de alambre remendado como si fuese una necesidad protegerse. Ocultaron en espacios secretos y clandestinos subterráneos lo robado hasta hacerlos invisibles para policía o intrusos. Todo en silencio. Esa complicidad diluyó toda posibilidad a rateros y curiosos. Clavaron estacas, transformando la miseria, en un refugio alejado al reclamo de sus víctimas. Quedaba oculto enterrado entre un elástico oxidado y sus objetos hurtados. Se apoderaron de bienes, pero nunca, hicieron daño a propietarios. Nunca. Muchos de aquellos hombres indigentes vecinos, son sobrevivientes del sistema, invisibilizados por años, olvidados por la justicia social por años. Allí se refugió Claudio. Al menos ese humilde pedazo de casilla antigua pero propia, no había sido invadido. El pobre respeta al pobre. Hay un código, una conducta, un compromiso. Necesitaba pensar, planificar cada uno de sus actos. Adrián ya no estaba,

estaba solo y con pocos medios para sobrevivir. Su casilla era la única propiedad, su fortuna. En el lugar secreto debajo de ese elástico, tenían algunos ahorros, al menos eso lo consolaba porque alcanzaba para alimentarse sortear los gastos de traslados por un par de semanas. Tenía que actuar rápidamente. Dentro de sus malos momentos, tenía uno bueno, no había sido identificado y tampoco aparentemente se ampliaba la investigación del asesinato. Pero tenía que vengar la muerte de Adrián y el asesino para él...no podría ser otro que Oscar.

Claudio era también un iracundo sin bandera ni frontera, como su triste pasado y su presente. Allí habitaba, pensaba y diagramaba una solución para ese vacilante mundo confuso de indignados, desocupados, pobres, huérfanos, viudas y mutilados por el sistema. En su deliro de broncas, fantaseaba. Muchas veces reía, le gustaría arruinar Bancos llevando voces de reclamos...cien, mil, millones al unísono. También apropiarse de cajas fuertes con manos filosas, vengando el hambre mundial vigente. Hostigar financistas. Tapar los cañones de guerra con barro y cemento. Hundir buques de guerra a golpes de chatarra. Encender el petróleo robado con velas navideñas y finalmente, para terminar todo, demoler la reserva federal americana con una gigantesca "burla mundial", para luego dejarla en un pálido mármol, abandonado, como frío refugio de vida. De esta forma, estaba seguro que se conmovería el mundo. Pero él, era un soñador aficionado, sumergido en fantasías, como muchos combativos luchadores, dispuestos en sus sanos juicios, al objetivo de refugiarse en los cuentos del orgulloso linaje de luz.

Era como le gustaría que lo definieran en el sistema: un "Un marginal, un desclasado, un miserable".

Siempre pensó que aquel que no podía vivir sin bienes, vivía amargado de pensar que los perdía. Todo era ambición en su vida, como los obispos, que lotearon cielos y lo pusieron en venta con indulgencias, estas fueron las primeras monedas sin fronteras y él, sin afán de tanta fortuna, quedó huérfano y su vida entró en los oscuros espacios de la violencia. Su asombro no tardó de llegar, cuando al final del abrazo, ella, su anterior compañera, preguntó por su enemigo y no la volvió a ver. No tiene dudas que, en la vida, el niño mantiene sueños, el púber busca repuestas, el joven oportunidades y el adulto una esposa y la esposa un hijo. El setentón fantasea, el anciano sufre abandono. Pensaba qué infantil era la inocencia, y qué culpable la madurez. Para él, la miseria era el primer regalo del pendenciero, a quienes despreciaba, pero hasta ese lamentable asesinato consideraba que había solo dos verdades inapelables en su vida: la mentira y el silencio, y él, estaba ahora viviendo en ellas. Claudio no era mala persona. El mundo lo era con él. Perplejo ante su inmensa pobreza, su dura existencia, recorrió insatisfecho los misteriosos caminos de la caridad. Vagabundo ignorado e invisible al mundo, era un marginal rechazado. Abotagado, pero envuelto en una lucidez clara, Claudio decidió buscar sin pausa un futuro, como un visible símbolo de retorno a una sociedad caníbal. Suspiró feliz luego de aquel último abrazo amable con Andrés y se dedicó a homenajearlo como si fuese antesala de un solemne y bello signo de alegría, cuando surgió ese cambio inesperado: un muerto. Su inquebrantable tozudez,

fue quién le permitió mantenerse aún en esos estados debilidad, con todas sus convicciones y pudo, a pesar de su mutismo vicioso, proporcionarse una nueva imagen de creciente aceptación, ante el rechazo de aquella sociedad que siempre lo miró con desconfianza. Erguido ante el tenaz sonido de la vida ensayó con soltura, convertir el temor del infame, al rumor del beodo, condenado a vivir en la jaula del olvido. Condenado a renacer, se obligó a superar aquellas vallas fabricadas de su entorno, que lo condenaban a una rutina hostil y angustiosa. Si bien era consciente que lo eterno sobrevive como una metáfora o un deseo inalcanzable, esa realidad sofocante y viva lo conformó como una esperanza imposible de ignorar. Decidió convertir su queja en una impresionante declaración de respeto ante esa humanidad que se despedía envuelta en las sombras de la memoria. Despertó a la cordura cuando la imagen de la violencia tropezó con la claridad de su impaciencia. Se dio cuenta que su mundo se dirigiría al abismo, donde el silencio huye. Cuando la expresión de este joven invadido de antigua ingenuidad encontró con visión sorprendente, "el ahora". Para pasar inadvertido deambulaba con el viejo sombrero que conservaba agujeros en antiguas esterillas ajadas, permitiendo que el sol, iluminara un rostro ausente de vida lanzado a disuadir, cualquier alternativa de erradas conclusiones. Sus zapatos marcados de huellas, sostenían aún, el género grisáceo de ropas desordenadas. Siempre tuvo la impresión que esa beatitud forzada obedecía a un plan lanzado para restablecer la estructura frágil y vacilante del engaño. Decidió viajar en la mañana y marcó su nuevo camino convencido que esconderse, era solo un mal menor y

que lo que tenía que hacer no estaba es esa casa de lata sino a solo muchos kilómetros de allí.

EL DETECTIVE

Tres días después de la partida de Mabel, Justino Valman detective de larga trayectoria y contundencia sabe por experiencia, que nadie es infalible en una investigación, pero es más que evidente que el móvil del asesinato no había sido el robo. También le llamó la atención la pulcritud casi enfermiza que sellaba una premeditada y muy elaborada acción criminal. Esta feroz agresión concluía en una hipótesis de venganza, opuesto a cualquier otro móvil. Le impresionaba la excesiva facilidad de su teoría, pero la severa evaluación de los hechos sintetizaba la contundencia de su visión aguda y experimentada. La cantidad de botellas esparcidas por el suelo y sobre la mesa de trabajo, certificaba una víctima alcoholizada ante la agresión. Tomó todas las fotografías más comprometedoras para la investigación y con guantes ensobró alguna documentación del escritorio. El crimen es descifrable en la medida que la historia de la víctima salga a la superficie, con sus prestigios, valores, y antecedentes. Había algunas dudas para aclarar, lujosos viajes

a investigar, destinos y objetivos, ya que no correspondían a sus ingresos declarados. Se conocía en su vecindad el carácter irritable y violento a veces, sobre todo en los últimos meses. La separación de su esposa, la ausencia de esta, la reducción de sus éxitos profesionales que una errónea evaluación le quitaba brillo a la investigación, enfocadas en extensas sombras de dudas. Un extraño documento de herencia otorgado por el escribano. Un hombre que se había derrumbado en los dos últimos meses, invadido de contradicciones, fuerza una hipótesis que podría resultar errónea y frágil. No hubo aparentemente señales de luchas con su asesino, más bien le era conocido, ya que su rostro mostraba una distensión. Una gran herida punzante de cuchilla probable de cocina en medio del pecho, las tomas de huellas en varios lugares fracasaron. Había que encontrar el origen. Inspirado con el vigor que en otros tiempos tuvo, supo que el marco de la actualidad era distinto, de una lejana y disuelta época de éxitos, Justino se asomó a la ventana de la cocina. La estrechez de esa parte de entrada a la puerta de servicio era de unos diez metros y la puerta estaba curiosamente blindada e intacta, por lo que el asesino debió entrar por ventanas o la misma puerta. Revisó todas las ventanas. Ninguna tenía señales de haber sido forzada. Incluso las rejas estaban intactas. Quedaban entonces dos posibilidades: la convivencia con alguien o el ingreso del asesino por la puerta principal.

No le fue difícil imaginar la importancia de comprender los móviles, pero sí iniciar la búsqueda, las relaciones de alguien que últimamente llevaba una vida poco transparente, pero había que comenzar con sus contactos directos: esposa, parientes,

socios amistades ocasionales, acreedores etc. Repasó una vez más las fotografías que estaban sobre distintas partes de la mesa de trabajo, cuadros y álbumes. Estaba convencido que comprender y averiguar, eran palabras absolutamente hermanadas. Su olfato profesional como investigador siempre había sido respetado, aun por sus pares más envidiosos, porque los resultados que obtenía eran efectivos y rápidos. Pero en este caso había muchas áreas sombrías en la vida de Oscar tanto a nivel personal como profesional. En el área laboral con su socio Gabriel y la secretaria de ambos, Lorena. En la cantina que frecuentaba a diario, sus bienes materiales de crecimiento progresivo, vehículos cuentas bancarias, caja de seguridad etc. Habría que investigar cuentas en el exterior. Si bien su tarea profesional no había sido muy productiva en la última década. Por su retiro, la elección de juicios por mala praxis donde encontró la veta buscada. Por terceros supo que había otra mujer en la vida de Oscar, pero esto podría certificarse por sus correos y teléfonos de manera que prefirió esperar. Dos muertes muy cercanas la de Tomas y Oscar levantaban sospechas cuando esas víctimas eran vecinos. Uno empresario exitoso y el otro profesional de dudosos antecedentes que, a su vez, era por puño y letra del empresario su "albacea" para que su viuda tenga la seguridad en su futuro por si él no salía esta vez de la terapia. La esposa del abogado a su vez, era la enfermera del empresario en la Terapia lo que hacía más sospechosa esa relación. En una investigación preliminar como querían en la comisaría todo cerraba: abogado asesinado, viuda de Tomás y enfermera esposa de Oscar heredan, e insólitamente se

agregaban dos más: Daniel y Ana. Ambos o una de ellas fueron las asesinas o hubo otra complicidad. Sin embargo, Laura permanecía bajo tratamiento psicológico por el episodio del asesinato de Tomás. Mabel abandonó a Oscar antes de su muerte y no quedaban muchos testigos directos a quienes consultar porque sabía que eso no era así, de manera que comenzaría por lo más elemental: el interrogatorio. Persuadido que debía resolver sobre inocencia o culpabilidad, manteniendo el respeto y el equilibrio en sus apreciaciones. Para él todos eran sospechosos hasta que se demostrara lo contrario. Comenzaría con Mabel que llegó a enterarse de la muerte de Oscar y fue a reconocerlo a la morgue. Justino enfrentaba a una enfermera profesional, idónea. Ella no estaba serena, pero sí inquieta, su mirada mantenía con firmeza el rostro del detective. Justino observó sus manos entrelazadas tranquilas y cuidadas, su ropa normal para su edad y no se advertía ninguna joya ni anillos en su mano izquierda. Le preguntó si quería que le tomase declaraciones, aunque podía ser en la comisaría y con abogado, pero Mabel dijo no tener nada que ocultar de manera que inició el primer interrogatorio. Antes le entrega un pasaje de ómnibus de ida al Sur y su rápido regreso en avión.

– ¿Usted lo asesinó?

– Por supuesto que no.

– Pero coincide que es asesinado horas después que usted abandona el domicilio dejando una carta de despedida.

– Correcto así fue, no estaba dispuesta a continuar la relación y temía por sus reacciones violentas que últimamente se habían incrementado.

– ¿Como se entera de esta muerte?

– Al llegar a destino, en el canal de Tv de un bar, aparece el rostro primero y luego mi casa. Nosotros estábamos en el final de nuestro matrimonio, él había entrado en el último año en una violencia inexplicable y también en alcoholismo, incluso con agresión física a mi persona. Por lo tanto, presenté un pedido de licencia sin goce de haberes en mi trabajo hospitalario por un año y con mis ahorros, que tenía – puedo darle el numero– partí hacia Rio Gallegos, unos 3000 Km poniendo distancia a esta situación, de allí la carta.

– ¿Parientes cercanos de usted?

– Padres fallecidos y un hermano que vive en España.

– ¿Amistades cercanas o amantes?

– ¡No se atreva! tengo amistades; amantes no, solo mi marido...o mejor dicho ahora mi ex.

– Bien, es todo, trate de no salir del país sin autorización judicial y de la provincia hasta que terminemos la investigación.

– Bien, gracias.

Su nostalgia muchas veces vivía en el dilema de sus renuncias, sin embargo, era la razón, la que exploraba y vencía toda resistencia a evasiones que desbordaban el regreso natural a la vida. Las ideas combaten siempre en un vacío, mientras la rebeldía censura su propia historia. Mabel nunca concilió el elogio con el sabor del triunfo. Porque sabía que la sociedad utilizaba la sorpresa, para retenerla. El detective salió de la casa pensando en que esa primera declaración había sido sincera, no había datos que la contradijeran y las pruebas ofrecidas eran suficientes. Decidió pasar a la casa vecina donde

ya lo esperaba la Sra. Laura. Fue ella misma quien abrió la puerta y lo hizo pasar. Era una mujer efectivamente atractiva como le habían anticipado, pero su mirada era de tristeza y melancolía. Pequeñas ojeras mostraban datos de insomnios. Ella misma luego de hacerlo pasar al living y que tomara asiento fue a la cocina a preparar un café. Justino le anticipo que le haría unas preguntas y que si no estaba dispuesta podría hacerlo en la comisaría con su abogado. Obtuvo igual respuesta, Todos colaboran pensó Justino. Raro.

– No hay problema alguno para que no lo haga en esta casa, no tengo nada que esconder, respondió entregando la taza de café y ocupando el sillón individual al lado del detective.

– Bien...Conocía usted a Oscar.

– Claro, como no conocerlo, era nuestro vecino por dos años y esposo de mi amiga Mabel, la enfermera de mi difunto marido, que con tanto cariño asistió hasta su muerte.

– ¿Sabía usted de una cláusula del testamento de su esposo que en caso de fallecer Oscar que era su albacea, la única heredera sería usted?

No... no conocía, es la primera vez que me lo dicen, aunque nunca me interesó.

– Donde estuvo el día del asesinato de Oscar y si puede precisar las horas y testigos mejor aún.

– Por supuesto que puedo demostrarlo. Dos días antes estuve internada en la clínica – puede ver las historias clínicas mías– por una colocación de prótesis mamaria y recién me dan el alta dos días después como consta en la Clínica.

– ¿Cómo se enteró del asesinato?

– Por la Tv en mi cuarto de internación, 206, en el informativo.

– ¿Señora sabe de algún enemigo de Oscar?

– Desconozco, él y mi difunto esposo eran amigos y confiaban entre si muchas cosas, ya sabrá que Oscar era el albacea y estaba al tanto de todas las necesidades de mi persona.

– Claro, no hay duda alguna. También tomé conocimiento del testamento último de su esposo. Bien, disculpe la molestia, pero tengo que retirarme. Tal vez necesitemos otros testimonios suyos, pero no ahora.

– Cuándo usted lo quiera, acá estaré, no tengo ideado ninguna salida ni viajes.

– Gracias, buenas tardes.

Si bien la belleza a veces deslumbra, había algo opaco en su mirada, cada vez que Justino fijaba la vista en ella en sus movimientos, se ponía más tensa, pero su relato y pruebas, tampoco dejaban resquicio alguno para sospechas. Ella misma lo acompañó a la puerta para despedirlo y al abrirla estaba el jardinero. Los presento y Justino, inmediatamente pregunto si podría hablar con él con autorización de la Sra. No tuvo objeción y mientras caminaba a su coche pudo hacer algunas preguntas.

– ¿Su nombre...?

– Ramón.

– ¿Cuánto hace que trabaja en estos dos jardines?

– Ocho años acá y un año en la casa del abogado.

– ¿Algo que le haya llamado la atención?

– Nada...eran amigos y se frecuentaban, generosos ambos y de buen trato hacia mi persona, no tengo queja alguna.

– ¿El día del crimen usted trabajaba?

– No, yo ese día – lo asesinaron en la madrugada recién me entero – yo no voy a trabajar porque era mi día de franco semanal, y nos fuimos con toda mi familia a Pinamar, a visitar la familia de mi señora tengo los testigos que usted necesite.

– No hace falta...¿Tiene llave de la casa?

– No. Solo de la casilla del fondo en donde tengo todas las herramientas de jardín y esa piecita permanece cerrada. También tiene un bañito para las necesidades

– ¿Algo más?

– No, no hay problema, gracias.

Subió a su coche y partió. El jardinero tenía los datos lógicos y bien concretos al igual que ambas mujeres. Por otro lado, era un hombre sencillo, dedicado a su trabajo y no aportaba más que datos positivos en lo que se refería a la vida social de ambas familias. Las primeras investigaciones no daban elementos de importancia, habría que investigar la documentación del allanamiento, teléfonos, cuentas bancarias y documentos. Antes de los interrogatorios había recorrido con detalle la casa de Oscar, el desastre en que se encontraba, las botellas de alcohol, donde solo encontró algo que parecía intrascendente, un trozo pequeño de tela de las que usa en uniformes de escuela, o tal vez, de oficios que lo tomó con pinza y en un sobre lo llevo para peritar. La casa de Tomás prácticamente la conocía de memoria por las tomas fotográficas del expediente que revisó meticulosamente. Habría que esperar los resultados de los celulares, los directos y la documentación secuestrada. El jardinero no heredaba nada.

LOS DATOS

Los teléfonos de Laura y Mabel comenzaron a dar algunos datos. Aparecieron los de una mujer: Ana. Las comunicaciones entre ambos esposos cuando estaban con vida. También dos voces de hombres jóvenes que no registraron sus nombres, pero si sus números de celulares (cambiantes) esto hacía suponer que eran robados, abandonados o vendidos con cambios de chips. Sin embargo, Justino agregaba nombres y ubicaciones nuevas para la causa. Los informes de laboratorio no aportaron ningún dato de muestras de sangre ni huellas dactilares que no fueran los de los habitantes normales de la casa. Le llamó la atención en los últimos días de vida de Oscar las comunicaciones con una voz joven ubicada en una villa de emergencia del cono urbano. Fue a esa dirección, le costó encontrar la casilla entre medio de pequeñas calles de tierra y barro, la puerta de lata estaba entreabierta y adentro de esta casilla una anciana cocinaba en un calentador eléctrico (su luz era gratuita por estar "colgada" como toda la villa). Sobre una madera encima de la mesa, algunas verduras de estación que cortaba con

prolijidad, Justino percibió en forma inmediata un aroma de sopa de vegetales que seguramente se apreciaba desde el borde de la puerta de entrada. La anciana advirtió al visitante, dejó su olleta, se secó las manos para acercarse al intruso y requerirle qué hacía adentro de su hogar. Si bien demostraba sorpresa, aparentaba una tranquilidad poco habitual, lentamente se acercó al visitante.

– ¿Quién es usted para entrar a mi casa?

– Tranquila, soy detective de la policía –mostrando su documentación–

–Ya dije todo lo que tenía que decir. No hablaré más, puede retirarse. Enojada, con la mirada fija y sus manos entrelazadas sabía a lo que venía. Sobre todo, por estar nuevamente involucrada en el caso de Andrés en el cual ya no quería estar comprometida. Trató de cerrar la puerta de lata, pero el detective reiteró su identificación mostrando su placa.

– ¿Sobre quien habló suficiente señora?

– Sobre Andrés dijo ella. No hablaré más... ¡se va ya... esta es mi casa!

–Mire señora son unas pocas preguntas y no molestaré más. Dijo tratando de ganarse la confianza de ella. Le agradecería me concediera unos minutos.

Accedió finalmente y lo dejó pasar con una sola condición, que no la molestara más.

– Prometido, dijo Justino, será breve.

La miseria rodeaba todo el ambiente, dos sillas de madera rotas, una mesa con una pata sobre un ladrillo, la olla tiznada arriba del calentador eléctrico y los platos enlozados sobre la

mesa, con una sola cuchara, un tenedor opaco y la cuchilla de cocina con cebolla cortada a medias. Lo primero que tendría que averiguar era por qué había localizado un celular en esa casa, de quién era y en donde estaba.

– Ya lo dije cuando fui a reconocer el cadáver...– aseguro la anciana– y del celular nunca lo tuve, se lo llevaron junto con el cuerpo de Andrés.

– ¿Y Andrés quién es o era para usted, perdón? Pregunto Justino.

– Mi nieto postizo, en realidad un chico que recogí del basurero y lo crié hasta que me dejaron un cadáver acá mismo...y señaló entre sollozos.

– Justino trató de serenarla y comenzó a desviar la conversación para entrar en confianza. ¿De qué vive usted Señora?

– Soy cartonera y sólo sobrevivo en la miseria, cuando vino la policía me llevaron todo lo que tenía, fotos, papeles, una tarjeta social, cartas, el celular de Andrés, y hasta me robaron plata. Si serán chorros, robar a una vieja...Andrés andaba en cosas raras, pero eso no lo hacía tan culpable como para ser asesinado de esa forma en mi propia casa.

– ¿Acá lo asesinaron? haciéndose el sorprendido.

– Si, en donde usted está parado.

Justino tomó nota y con el celular disimuladamente tomó una foto de la anciana y el lugar del presunto asesinato.

– Y el celular se lo llevó la policía?

– Sí, lo robaron los mismos policías y yo tampoco fui a reclamarlo.

– Ya basta...váyase de acá...no hablo más, y comenzó a gritar de tal manera que llamó la atención en los vecinos de la casilla que al ver un hombre extraño en la casa de la abuela comenzaron a cercarlo, insultarlo, empujarlo y lo sacaron de la villa.

– Justino se retiró no sin antes averiguar qué seccional de la policía había actuado en este caso y en ese domicilio. Allí tendría las respuestas necesarias. Hubo un asesinato. Un nombre: Andrés. Un asesino y un cadáver. La llamada de Andrés correspondía al celular de Oscar, en solo dos oportunidades eso lo llevó a generar una serie de hipótesis que podían estar o no relacionados al caso. La llegada a la seccional fue categórica, dieron la información muy escueta. Se encontró al asesino de un empresario, era ese chico, se encontró el arma y las huellas correspondían al joven, así como el plomo de la bala era de su revólver. El asesino escapó. Hubo posibilidad de identificarlo por las cámaras de seguridad del exterior. El empresario resulto ser Tomás, el caso que él estaba investigando. Justino pidió el expediente, el celular; las fotos, los documentos, pero solo le dijeron....

– Todo está asentado en el libro de guardia, pero nada de eso que usted pide quedó en la seccional.

– ¿Y quien se lo llevó?

– Nadie sabe, desaparecieron de acá, sólo queda en el libro de guardia.

Regresó a su domicilio, ya era tarde y a pesar de estar cansado estaba alegre porque había una punta que relacionaba un crimen con otro. El dato, el número dos, era que en el celular

de Mabel estaba un número de Santa Fe – Rosario. En la mañana saldría a esa ciudad y sin avisar o llamar trataría de localizar el domicilio por el GPS. Sobre un conglomerado colocó pequeños cartelitos con nombres: Tomás; Laura; Oscar; Mabel; Andrés. Los primeros cuatro eran vecinos, amigos y ahora herederos del empresario asaltado y asesinado y el nombre de este chico Andrés, asesinado en la casilla en plena villa de emergencia de su abuela postiza. Curiosamente Mabel, con tres comunicaciones, una con alguien en la ciudad de Rosario y otras dos con número desconocido, casi en horarios simultáneos. Vale decir: tenía un empresario asaltado y asesinado por un joven reconocido por el video cámara, pero a su vez, asesinado en una villa de emergencia. Había muchas coincidencias o él estaba delirando. Buscó en la heladera algo para comer y fundamentalmente tomar, se recostó en el sillón frente a la pantalla de la TV encendida, pero a la cual no le prestaba atención y se quedó dormido.

Partió al amanecer a Rosario por la autopista estaría en pocas horas y seguiría el recorrido que le marcaba su GPS, una ciudad moderna, bien diagramada, con plazas y espacios públicos y una costanera que daba envidia con el solo hecho de verla e imaginar vivir cerca del Río Paraná. Era sábado a la mañana y temprano, seguramente en el domicilio marcado habría alguien. Subió al segundo piso de un edificio y siguiendo su GPS se encontró frente a una puerta con su respectivo timbre. Apago el cigarrillo, se acomodó la corbata y tocó el timbre. Una voz femenina desde ese departamento exclamado "un momento...ya voy" Y al abrir la puerta el detective quedó

paralizado ante una joven en bata, probablemente recién levantada; y sí, eran las siete cuarenta y cinco horas, como para que un sábado nadie tuviese prisa. Justino hizo la presentación habitual con toda corrección y Ana, luego de verificar el documento que presentaba, lo hizo pasar sin mostrar ninguna reacción extraña a los ojos del detective. Justino luego de pedir disculpas por la hora y ser aceptada después de las preguntas de protocolo, entró directamente al grano.

– ¿Conoce usted a una señora Mabel?

– Por supuesto...mi pariente y amiga de años.

– ¿Sabe algo de su esposo?

– Por supuesto estoy enterada por ella misma, nos hablamos periódicamente. ¿Que le ha pasado...? No me diga...que...

– No no...no es para alarmarse, es que en esta investigación surge que usted y ella se comunicaban por teléfono el mismo día y casi a la misma hora de otro asesinato...de un joven.

– ¡Y.! ¡Qué tengo yo que ver en esto!

– Nada es que estamos comprobando las relaciones de las víctimas y sus parientes y usted figura en los contactos telefónicos con ella y dos contactos más que no hemos podido rastrear y también que es heredera del Sr Tomás.

– Heredera...¿de quién? De Tomás... ¡Yo! Justino esperó que reaccionara, seguramente era real que no sabía de este tema. Pero le adelantó que Laura le había enviado un mensaje grabado sobre la cita del escribano. Ella se abalanzó al celular y efectivamente escucharon ahora los dos, el mensaje de Laura que era bastante detallado.

– Si, efectivamente recuerdo esa medianoche porque no es común, me llamaron dos o tres veces, pero al comienzo nadie contestaba, sí, fue ese mismo día en que hablé con Mabel y conversamos largamente, si si...lo recuerdo.

– ¿Algo en particular?

– No al contrario, lo de costumbre que hablan dos mujeres y también por su reciente tragedia de su esposo.

– Conoce o a sentido nombrar a un joven llamado Andrés.

– No...en absoluto ¿quién es?

– No, es solo una pregunta...y dígame; ¿hace mucho vive en Rosario?

– No, unos meses porque cambie de trabajo, antes estaba en la Capital, pero no aguanto el ritmo de esa ciudad.

– Bien, es todo, le agradezco su deferencia por aceptarme en horas tan tempranas, muchas gracias. Salió con gestos amistosos y consideraciones hacia esa bella mujer, no se había animado a preguntarle si estaba casada o si vivía con su familia. No vio fotografías que demostraran que estaba en ese rango. Lo normal es algún cuadro con fotos de familia. No lo había en todo el living. Tampoco los ceniceros estaban con cenizas o cigarrillos apagados, no había bebidas en la mesa y todo se mostraba normal para un sábado.

– Perdón...dijo Justino dándose vuelta y dirigiéndose a Ana...¿algún lugar que me recomiende para desayunar?

– Tome esta calle tres cuadras arriba y gire a la costanera a la izquierda en una esquina dan un buen desayuno.

– Mil gracias adiós.. Subió a su coche y fue en busca del bar. Esta chica, no tiene nada que ver con estos casos se dijo

así mismo. La viejita con su simpleza y su miseria lo conmovió, pensó que la solidaridad era más sencilla mientras más pobre la gente. Ya se lo habían anticipado sus colegas, cuando le dijeron que el tiempo, a esa viejita la había convertido en una mensajera sin destino. Ella deambula rutinariamente sin pausa. Todo envejecía a su alrededor, sólo sus remembranzas, trepaban la hiedra de la memoria superando todos sus rincones. Seguían los nombres, pero agregaba uno: a Tomás; Laura; Oscar; Mabel, Andrés agrega: Ana. Pero algo no le cerraba y estaba seguro, tres hombres muertos y tres mujeres vivas; un caso cerrado: el de Tomás y otro abierto el de Oscar, los herederos múltiples. Allí debía concentrarse, manejaba varias hipótesis, pero tenía que probarlas.

Ya en su casa y como de costumbre se fue al bar de la esquina para cenar, estaba agotado del viaje a Rosario y las esperas. Era momento de descansar y encontró un sobre en el buzón con un resumen del caso Jujuy; recortes improprios de diarios: Ignoraba quien lo había dejado, pero estaba relacionado con los orígenes de Oscar. Leyó y lo dejó en su escritorio para releer en la mañana. Todo lo que se refiera al fallecido le interesaba, aun cuando fuese de artículos ya publicados con anterioridad. En la mañana retomó el documento y repasó los antecedentes de Oscar que ya conocía en su enorme mayoría, pero anexo al informe estaba en letras diferenciadas, sobre el largo conflicto del Ingenio Ledesma que él conocía por los diarios no por investigación propia. Aun así, leyó con atención, porque el padre de Oscar había sido chofer del Ingenio por

casi 23 años y fallecido a los 76 años. Dos años antes del episodio que se investigaba. Sacó cuentan las fechas y prosiguió.

"La represión a trabajadores, trabajadoras, activistas y militantes vinculados y vinculadas con los procesos de organización en el ingenio Ledesma (Jujuy) durante la última dictadura en Argentina (1976–1983) fue visibilizada y denunciada desde la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, en 1984, y el juicio a las Juntas, en el marco del cual se escucharon testimonios conmovedores, como el de "Rita" Eublogia Cordero de Garnica, que denunciaron fuertemente el proceso represivo y el papel de la empresa. Olga Arédez, esposa del desaparecido ex intendente de Libertador General San Martín, Luis Arédez, se convirtió en una figura emblemática de la denuncia a las violaciones a los derechos humanos a partir de un sostenimiento de la lucha aún en contextos de soledad y persecución. Unos recortes más actualizados en el período 2003–2015, en un contexto de ampliación y profundización de las políticas de derechos humanos se generaron nuevos movimientos sociales y políticos en Jujuy. Muchos de ellos retomaron las banderas de Memoria, Verdad y justicia y convocaron en esa etapa movilizaciones multitudinarias, con participación de organizaciones y militantes de todo el país demandando justicia para los hechos represivos vinculados al caso de Ledesma y recordando en particular el proceso conocido como "La Noche del Apagón", como se conoce a una serie de secuestros en la localidad de Libertador General San Martín, muchos de ellos realizados con vehículos

del ingenio Ledesma que tuvieron lugar en realidad en varios días sucesivos en torno al 20 de julio de 1976, en el marco de cortes del suministro eléctrico. En términos del proceso de judicialización en el ámbito penal, Carlos Pedro Blaquier, dueño del ingenio Ledesma, y Alberto Lemos, el administrador general de la empresa en la etapa en que se cometieron las violaciones a los derechos humanos, fueron procesados en noviembre de 2012 por privación ilegal de la libertad en dos causas, por los secuestros de 29 trabajadores y referentes sociales ocurridos entre marzo y julio de 1976. Separado y en otro recortes de diarios marcados con rojo:

"El procesamiento fue confirmado en forma parcial en 2013 por la Cámara Federal de Apelaciones de Salta. Ante la apelación de las defensas, la Sala IV de Casación, integrada por Gustavo Hornos, Juan Carlos Gemignani y Eduardo Riggi, tomó el expediente en diciembre de 2013. Los jueces se pronunciaron en marzo de 2015, dictando la falta de mérito en beneficio de "Blaquier y Lemos". Al mismo tiempo que consideraron probado que la empresa aportó vehículos para los secuestros, negaron en el fallo que pudiera considerarse probado que el dueño y administrador del ingenio hubieran conocido los fines para los que se usaron estas camionetas. Hace unos pocos días, el 8 de julio de 2021 y luego de seis años de demora, la Corte Suprema de Justicia de la Nación revocó por mayoría el fallo de Casación que había beneficiado con una falta de mérito a los responsables empresariales, considerando "arbitrario" el pronunciamiento de la Sala IV de Casación. El fallo tuvo los votos mayoritarios de Horacio Rosatti,

Juan Carlos Maqueda y Elena Highton de Nolasco, quienes sostuvieron que la decisión se "apartó en forma manifiesta de la solución normativa prevista para el caso, obstaculizando indebidamente el avance del proceso". El presidente del máximo tribunal, Carlos Rosenkrantz, votó en disidencia al considerar que se debía dejar firme la falta de mérito, y Ricardo Lorenzetti no votó. A 45 años de un hito emblemático de este proceso represivo, resulta imprescindible un compromiso categórico para que este juicio oral se desarrolle en forma urgente, teniendo en cuenta la importancia emblemática del juzgamiento de estos hechos de extrema gravedad, el tiempo transcurrido y la edad avanzada de muchas de las víctimas que exigen justicia, y el hecho de que el mismo imputado, Carlos P. Blaquier, NUNCA ASISTIO a la justicia y falleció a los 93 años." CICOP/CTA

Bueno se dijo, los ricos siempre tienen buenos estudios de abogados y salen sin cargo y culpa alguna. Pero acá al menos en este y en otros dos documentos que acompañaban este resumen no mencionaba ni encontraba al padre de Oscar. Sí...reconoció que era fue y era un caso emblemático para el país y los obreros desaparecidos, pero debía concentrarse en la investigación: Oscar y Andrés. Regresó a la Capital algo recuperado, porque había descansado más de cinco horas de un solo tirón.

CLAUDIO

La inutilidad de su sacrificio, sirvió de ejemplo para evitar otra imprudencia. El dolor del castigo acumulado, le creaba a su vez, la impresión de un intenso vacío sumado a su pobreza, que siempre le generó un instante de silencio. Aun así, el temor encendía sutilmente la esperanza de encontrar la salida correcta y en eso se encontraba deambulando por las calles, buscando en cualquier rincón o vidriera un aviso de trabajo. Esa mañana en su rutina le llamó la atención una casona antigua. Su frente en un amarillento desteñido y zonas descascaradas tenía a su entrada en unas escaleras dos carteles que no podía leer porque estaba a unos 60 metros y decidió cruzar la calle y avanzar hacia lugar sorprendiéndose al llegar de lo que, en ellos, estaba escrito. El más grande y sobrio decía "FUNDACION REWILDING ARGENTINA" en un negro brillante y muy marcado y debajo de ella los dos nombres más pequeños: "Doug y Kris Tompkins" donantes de los Esteros del Iberá propiedad de su Fundación a la Provincia de Corrientes en enero 2010: a la Fundación Flora y Fauna Argentina; años después renombrada ya definitivamente: "FUNDACIÓN REWILDING

ARGENTINA". El cartel de la derecha, más pequeño y fabricado en forma precaria, llamaba a inscripción de cuatro voluntarios para trabajar en la Fundación en forma presencial y por seis meses como coordinadores e instructores de turistas que visitaban los Esteros y a los cuales debían llevarlos en lanchas, caballo y en un islote pernoctar en una carpa instalada con todas las comodidades, dos noches. Era el paquete establecido para su recorrido ordenado y fundamentalmente cuidado. Claudio entró y se presentó con la mayor serenidad, llenó su ficha y le dijeron que regresara al día siguiente en la mañana. Atrás de él había otro muchacho casi de su misma edad para anotarse. Lo saludo y se retiró. Efectivamente fueron seleccionados y también el otro postulante llamado Carlos. No hubo más inscriptos ese día. Dos señores de edad les entregaron unos uniformes de la fundación y un sombrero alado de paño con dos mochilas. Los subieron al lanchón y navegaron hasta el islote central donde estaba la carpa de la cual ya le habían comentado en la inscripción y que en un sector de ella era y serían sus habitaciones durante los seis meses. Al lado de la carpa había otra con una sala comedor, y dos baños bien instalados. Claudio y Carlos se miraron de reojo como diciendo y... ¿acá nos dejan sin medios y sin caballos? La respuesta fue espontánea: tendrán ese lanchón – señalando en el extremo derecho de la isla–, para moverse con total libertad y acudir al pueblo y la ciudad. Tendrán también tres días de clases en la carpa grande para interiorizarse de la flora y fauna que deberán memorizar para que al acompañar al turista sepan lo que verán en sus paseos. Les entregaron dos apuntes anillados con fotos

de animales, flores, plantas y pantanos. Bien, dijeron, los dejamos y pueden desayunar almorzar y cenar en ese comedor diariamente solos o con los turistas. Esa noche fue muy larga para Claudio, el calor y la humedad le impedían conciliar el sueño, los ruidos extraños del pantano y vaya a saber que otros animales lo mantenían alerta. Finalmente, pudo dormir hasta la madrugada donde un fresco le dio respiro.

Los tres días de clases. Sorprendido comenzó a leer el borrador sobre los esteros del Iberá; en Pcia de Corrientes, con una superficie de 12.000 Km² y una flora y fauna desconocida para ellos. Ciervos, carpinchos, oso hormigueros, yacarés, boas, en los pantanos, con lagunas mezcladas con vegetación frondosa, bromelias, camalotes y amapolas en el agua y una variedad de pescados sorprendente. Según su historia era una zona de refugio de forajidos en el siglo XVIII e inicios del IX. Tres días con videos y conferencias de especialistas que resultaron un poco aburridos para ambos muchachos, pero memorizaron imágenes y antecedentes. Luego les mostraron los caballos, las carpas y las mochilas. Midió Claudio también el punto geográfico importante para escapes. Los ríos Paraná y Uruguay – registro este dato–, que le permitirían escapes simples por agua en botes a Uruguay, Paraguay en caso necesario. Finalizado los tres días comenzaron a ser coordinadores de turistas ávidos de conocimiento y lo hicieron en forma correcta mereciendo ambas felicitaciones de la gerencia. La única queja que presentaron era las elevadas temperaturas y mosquitos, para lo cual les entregaron ventiladores y diferentes productos químicos

adecuados para mantener estos malditos alejados de su piel. Al tercer mes ya eran expertos en manejos de sus lanchas, caballos y jeep. Todo aparentaba estar en las mejores condiciones que auguraban al menos los seis meses contratados.

JUSTINO RECUERDA

Despertó alarmado, inquieto, angustiado. En su sueño hubo una imagen que lo llevó a remontar imágenes y etapas hasta despertar. Una sola imagen simple, solitaria. Recordó un detalle que se le pasó por alto en la visita a la anciana en ese barrio de emergencia. ¡Como es posible?, se preguntaba sacudiendo las sábanas y buscando sus pantuflas. Insólito error para haber sido calificado como uno de los más importantes detectives en su época. Desayunó lo que encontró en su alacena, café instantáneo, leche en polvo y unas galletas. Se dio un baño rápido. Mirando el reloj se dijo, – es una buena hora–. La anciana se levanta temprano, eso lo sabía por su edad. Los viejos despiertan sin necesidad de los despertadores. Manejando con tranquilidad encaró a la villa de emergencia, dejó el auto y entró caminando por los largos pasillos desde donde aparecían sus habitantes espionando al extraño. Los perros, habitantes naturales, ya lo habían olfateado antes, en su anterior visita, de manera que se acercaron y sin más, lo acompañaron hasta la casilla de

la anciana. La sola aparición en la puerta, despertó en la anciana un rechazo, pero esta vez casi silencioso.

– No quiero hablar...retírese señor. No había tono agresivo, sólo como si ahora ya no le molestara. Tomaba mate y estaba parada al lado de la pava.

– Solo unos minutos, dijo Justino y no molesto más.

La anciana lo miró fijamente y le señaló un cajón para que se sentara. Aparentemente ya no había ese enojo anterior, tal vez por la hora que recién daba las siete de la mañana en el viejo reloj del aparador.

Sentado en el cajón, que acomodó para que no se rompiera, por tener tablas muy deterioradas Justino aceptó un mate, y con mucho tacto entabló la conversación tratando de mantener esa mutua transitoria amistad.

– Solo vengo a molestarla para ver si me deja sacarle una foto a ese portarretrato que está al lado del reloj. Es todo lo que necesito, sumado a si me puede informar quienes son esas tres personas. Una adulta y dos niños de unos 10 años.

– Puede, dijo la anciana, pero no se lo lleva. Es mío y de mis años ya pasados...no sé cuántos. La joven soy yo....

– ¿Y esos niños quiénes son? pregunto Justino.

– Andrés y Claudio...en la época en que vivían en esta casilla después de fugarse del orfanato. Pero bueno...mi Andrés ya no existe, lo asesinaron y Claudio no sé, hace mucho que no lo veo. Lo dijo para dar una información falsa, porque había sido visitada varias veces por estos dos niños, después adolescentes. Si, mataron a Andrés...para que dar más datos de Claudio, pensó la anciana.

Justino tomó la foto y con el celular acercó las imágenes varias veces, hasta lograr la toma exacta que él había soñado. Agradeció a la anciana y justificando otras tareas, se retiró sin queja alguna.

Había que investigar en el orfanato, algo que la policía no se le había ocurrido en ningún momento por el acompañante de Andrés en esta foto.

El orfanato era lo esperado por Justino. Una vieja casona abandonada de dos plantas, con su frente descascarado, sucio y ventanales de madera raídos. No había un timbre, pero sí una campanilla en el interior que sonó cuando Justino la movió varias veces. Lo atendió un hombre anciano, barbado, con su rostro gris y su dentadura vacía. Luego de presentarse y ser aceptado, fueron ambos a unas habitaciones abandonadas, con el suelo gris de tierra y tela de arañas por todos lados, el viejo fue buscando lentamente y con una linterna los bordes de los biblioratos que podrían ser de las épocas por las edades fundamentalmente de Andrés del que ya sabían, no así de su compañero, por lo que no fue fácil de localizar. Una vez certificado el nombre, la edad y su origen presunto. Justino agradeció al viejo guardián del orfanato su deferencia y sacando foto de los dos jóvenes ya adolescentes mayores y fichas, se despidió. Finalmente tenía una pista nueva para investigar, sólo debía ver a su amiga periodista para que publicara una historia en común de ambos jóvenes y una foto –la última del orfanato–. Si bien las personas cambian con los años y fundamentalmente los adolescentes, el solo hecho que saber su nombre, apellido y rostro, sería un buen inicio al caso. Justino tuvo lástima de la

anciana que aparentaba ese día un aspecto de extraño abandono, como si el mundo se le hubiese caído encima. Verse más joven con esos niños la afectó seguramente. El inconsciente es generalmente el Bunker de los secretos y del tiempo, siempre es susceptible de modificar personas, alguna razón tendrá para estar como esta, medito Justino al retirarse del orfanato.

EL PERIÓDICO

Lo que fue alguna vez una ilusión despidió todo futuro. Así, aferrado al recuerdo del pasado. La nota y la foto, que fue alguna vez parte de una ilusión feliz, despidió todo futuro, como si esa sinceridad plenamente vivida, tuviese el rostro de una bondad alejada del dolor, pero sabía que estaba llegando el final. Incapaz de salvar a su cómplice, organizó con astucia múltiples maniobras de distracción que permitieron burlar la ley, pero la ley es un lazo incierto en el tiempo que tarde o temprano llega. Sabía por experiencia que la imaginación tenía la humilde condición de crecer entre las sombras. Anocheció. Cambiar de provincia o cruzar los ríos que limitaban otros países podrían ser la opción, pero este paso tendría que ser dado con absoluta certeza. Toda historia tiene un final y toda ingenuidad un castigo. Perderse, huir, alejándose del lugar y amistades no logró escapar de los riesgos futuros. La realidad le exigía cada vez más, aguantar un doloroso exilio minando sus fuerzas. El rumor, se mantenía y amenazaba la esperanza de un regreso.

Quería despedirse de su amiga y decirle que estos meses de paz y trabajo, le habían hecho comprender que sus sentimientos hacia ella, eran más profundos, y que supiese que pasara lo que pasara, siempre la tendría como parte su vida. Ese llamado fue su propia sentencia. Los teléfonos estaban intervenidos la geolocalización permitió que Justino y su gente lo atraparan. Fue como tradicionalmente lo muestran reiteradas imágenes de películas: autos policiales, policías armados hasta los dientes, rostros cubiertos y cascos parejos. Solo Justino estaba con su habitual ropa de trabajo y su eterna calma de hombre experimentado en estas lides. Los únicos asombrados fueron los turistas que Claudio guiaba en una lancha, su compañero de trabajo y el administrador que repetía una y otra vez

– Tiene que ser un error: este muchacho es inocente. Pero bueno nada se podía hacer, Justino entre tantos agentes armados, tuvo la gentileza de resumir el caso y llevar a un Claudio manso y resignado.

LAS REJAS

La cárcel es un cofre sin salida, día y noche se mezclan sin que algo los detenga; los fantasmas lo visitaban todas las noches, censurando hechos pasados y acobardado, asumía la ajena culpabilidad que había arruinado su joven vida. Claudio confesó con detalle todo lo acontecido, desde aquella noche trágica donde Andrés perdió la calma y asesino a Tomás. Pero él, él también fue su cómplice, y ambos estaban prófugos desde esos momentos. Lo que en forma reiterada y categórica negó fue el asesinato de Oscar, aunque sí manifestó sin tapujo, que, en muchos momentos de estos largos meses, pensó en matarlo para hacerle justicia a Andrés. Incluso certificó la llamada a la esposa de Oscar para decirle que lo mataría porque él fue quien asesinó a sangre fría a Andrés. Justino con su paciencia y equilibrio, tomó personalmente su declaración y se la leyó detenidamente.

– Para que no tengas en el futuro dudas de tus palabras Claudio.

– Claudio asintió, pero... ¡no soy un asesino!

– Bueno ok muchacho, regresas a la celda hasta que esta investigación termine y esto te aseguro, que va por buen camino. Claudio retorno a su celda y Justino a buscar un bar para refrescarse y pensar. "Me falta el asesino y caso cerrado" por suerte la investigación se aceleró con los datos aportados por Justino y ocultados por la policía, y pudieron localizarlo en Corrientes. Pero de igual manera para corroborar todo les llevó algo más de treinta días.

LA SORPRESA

Justino recordó la frase del poeta Villon: "Se han visto muchos hombres que dentro de sí tenían un poco de perro, zorro, serpiente y convivían en paz" sin embargo esa imagen no era justamente la imagen de Claudio, pero no había datos concretos para acusarlo de asesinato de Oscar. Porque si bien ya estaba como participe en crimen de Tomás por su propia confesión no lo estaba en de Oscar, que por supuesto negaba.

El ingreso abrupto y a los gritos de un personaje desde la calle, sorprendió al guardia en la mesa de entrada que inmediatamente sonó la alarma y acudieron varios policías del piso para su apoyo.

– ¡Quiero y necesito hablar con el inspector Justino! De acá no me saca nadie repetía a los gritos y resistía a todo aquel que se acercara agregando insultos al conjunto. Era una voz familiar pensó Justino tratando de ubicar

Justino sintió desde su escritorio los griteríos y la bataola en la mesa de entrada y por curiosidad se asomó sorprendido al

ver el espectáculo y rápidamente decidió intervenir. Si: era la voz que él tenía registrado

– ¡¡ No ¡!...tranquilos, conozco esta persona, tal vez yo realicé una cita y me olvidé de anotarla!! Pudo entonces entrar sin riesgo y con las indicaciones verbales de Justino.

– Tome asiento y fundamentalmente hay que tranquilizarse. Tómese su tiempo. Preparó un vaso de agua y lo acercó al escritorio muy cerca de este personaje que, si bien ya conocía, ahora que podía observar con detenimiento fue descubriendo en ese rostro ajado de surcos y algunas cicatrices viejas, mirada opaca, casi gris, de ojos secos y su vestimenta similar a la que Justino vio hacía ya un tiempo. Fueron dos palabras secas, emanadas con una voz arrastrada.

– Yo asesiné a Oscar, dijo con voz temblorosa pero clara. Lentamente abrió su abrigo extrayendo un bulto del cinturón que puso sobre el escritorio que fue abriendo lentamente hasta que apareció un enorme cuchillo de cocina, manchado de sangre. Con este cuchillo asesiné a Oscar.

Tomó el vaso de agua lentamente y nuevamente ocupó el asiento. Justino estaba paralizado. La declaración de culpabilidad, el cuchillo manchado en sangre y la resignación del personaje, daba una extraña impresión de triunfo y lástima. Sin embargo, Justino regresó casi inmediatamente a su función y comenzó con preguntas que fue grabando en el interrogatorio con dos policías más de testigo. El cómo, el porqué, el momento y las razones, todo estaba allí, en una confesión casi perfecta y detallada minuciosamente.

– Yo tenía llave de la puerta de entrada. Entré sin problemas, entre botellas en el piso y un ambiente de suciedad. Oscar borracho en su dormitorio vestido y desparramado, ni se dio cuenta de mi presencia hasta que le clave el cuchillo una y otra vez, en donde fue abriendo los ojos, me miró fijamente asombrado y sin poder hablar bien, porque la sangre brotaba de su boca y de la herida en el pecho, alcanzo a decirme "vieja de mierda". Sí, fui yo. Fui yo. Asesiné esta basura que mato Andrés. Si, lo hice...fui yo, lo maté y me fui con la tranquilidad de la venganza cumplida. Hagan de mi lo que quieran, ya no me importa nada.

Había terminado el interrogatorio, cuando la anciana se levantó de la silla, Justino noto que, en su chaqueta de loneta, faltaba un pedazo de genero exactamente igual al que el mismo había recogido y ensobrado, en la primera inspección del lugar del crimen. En ese momento no quedó la menor duda; el arma, la sangre, el género y la declaración cerraron el caso.

Índice

La Noche del asalto	/7
El antes de Laura	/11
La bala	/13
Tomás	/17
El impacto	/21
El Plan	/27
Reconocer	/31
«Desconsuelo...»	/35
La Pregunta	/39
Ellas	/43
Oscar	/51
Critico	/59
Jardines	/65
Calle ...y Aceras...	/69
Colonia	/73
La sorpresa	/77
La cita Paris	/83
Ana	/91
Documentos	/95
Adrián	/99
Claudio	/103
La cita	/105
La muerte de Adrián	/109
Mabel reflexiona	/113

La casilla /117
El detective /123
Los datos /131
Claudio /143
Justino recuerda / 147
El periódico /151
Las rejas /153
La Sorpresa /155

Se terminó
de imprimir
en el mes
de Abril
de 2025,
en Córdoba
Argentina.

